
ΔPAΓON KIΛΛ

Axxón 121, diciembre de 2002

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 121

Estuve de viaje, volví cansado y con una fiebre tropical, junté algunos coleópteros para mi colección (una actividad que no muchos conocen) y otros muchos para intercambiar. No sería justo decir que no me fue bien.

Entretanto, como cada vez que uno no está, pasaron muchas cosas. No parecen muy importantes, pero lo son. Sin que haya tenido tiempo de transferir el control, aún así dos amigos se hicieron cargo y lograron que esta revista siguiera funcionando. Y funcionó. Esta es una muy buena noticia para mí.

La revista cumplió un año en el formato de web, un formato que ha funcionado bien: en este año se multiplicó por diez el número de visitas diarias al sitio. Es otra muy buena noticia.

Durante este año tan terriblemente malo que pronto acaba, pasaron algunas cosas buenas en mi vida y prácticamente todas están relacionadas con esta revista. Tuve varios alumnos de Taller que me ayudaron a sobrevivir, recibí varias donaciones que me ayudaron a continuar, por fin se liberó el dominio axxon.com.ar y ya lo estamos usando, un amigo muy querido acaba de ganar el premio más importante de la CF en habla hispana y se me ocurrió una muy buena idea (el Zapping) que ha funcionado muy bien.

Procuro sacar fuerzas de todo esto para seguir aquí, en la lucha, ofreciendo lo que puedo hacer. Pocas personas saben lo importante que es para mí poder seguir haciendo cosas. Espero seguir viéndonos a través de esta página… significará que sigo vivo y con ganas.

Eduardo J. Carletti, 1 de diciembre de 2002

Correo 121

Octubre de 2002

Date: Tue, 15 Oct 2002 16:34:48 -0500 (CDT)

Hola Eduardo (desde Montevideo)

Acabo de reencontrar a Axxón y estoy asombradísimo.

La primera vez fue un ZIP levantado de la BBS hace más de diez años (todavía debe andar en algún diskette de 5 1/4 :) Me gustó, pero creo que no entendí su verdadero alcance. En aquella época ni mi cabeza ni mi ancho de banda daban para seguirla. Busqué algunos datos más, traté de entender de que venía y quedó por esas. Pero me dejó un recuerdo muy afianzado.

Acabo de reencontrar a Carletti y estoy asombradísimo.

La primera vez fue en facultad hace como quince años. Un libro, "Latinoamérica Fantástica", en manos de una amiga. "Un cuento rarísimo sobre un tipo que corre" me comentó. Leí una página ahí mismo. "Esto está muy loco" pensé. ¡Y el título! "Mopsi, te odio" se llamaba. El libro lo busque, lo encontré y lo compré por esa página, ese cuento y ese título. El autor ¿Carletti? ni idea. Traté de encontrar otros cuentos y quedó por esas. Pero me dejó un recuerdo muy afianzado.

¡Y ahora reencuentro a Carletti y viene con una Axxón bajo el brazo! De casualidad caí acá por un link a la Enciclopedia de Ciencia Ficción. ¡Mi madre! Esto es impresionante. Los cuentos, Zapping, ¡Andernow!, Futuros, el taller... es una locura, estoy prendido de un axón y hay una selva de dendritas ahí adelante. Hace tres noches que buceo lo que puedo, y me encanta lo que encuentro. Apenas estoy digiriendo, hay una calidad impresionante. Es muy claro que ahí en el medio hay una gran, pero gran neurona. Y brilla.

Te quiero dar las gracias atrasadas por hacerme comprar aquel libro. Ahi conocí a Sergio Gaut vel Hartman (otro trastornado), Ana Shua, Angélica Gorodischer y otros. Hasta hoy lo releo. Y creo que la Tesis de Corci todavía es válida.

Sigo navegando poco porque mi ancho de banda sigue siendo estrecho, pero espero que mi cabeza ya no tanto. Así que también te quiero dar las gracias presentes (y espero que futuras) por

Axxón. Hermano, esto tiene que ser un laburo de la gran flauta. Y en medio de todo este desbarajuste que es el hoy. Te felicito, pero recontra felicito.

Arriba y aguante.

ElOtroJorge

Linda carta, doble motivo de orgullo para mí. Es una satisfacción muy grande que la gente se reencuentre con mi (nuestro) trabajo. Hay tantas historias y tantas anécdotas referidas a la distribución de Axxón antes de llegar a Internet que no alcanzaría el tiempo para leer este Correo. Esperemos seguir aquí y no perdernos nunca más.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los “Listeros” mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

Más allá del sueño: Testimonio

Víctor Manuel Ánchel Estebas

(Archivos Privados del Inspector Casales)

Ministerio del Interior

Registro General de Entrada

Procedencia: Departamento de Traducción del Ministerio del Interior. Registro de Salida.

Destino: Policía Nacional. Registro de Entrada.

A la atención de: Inspector Ernesto Casales, Comisario delegado del Departamento I.A.S.

Observaciones: Traducción del documento 491175-NYMPD-81299 (número de registro de la Policía Metropolitana de Nueva York) adjunto al informe sobre el "Caso Budge" (número de registro del Ministerio del Interior 482-MI/PN-5938211-RE), enviado por el Teniente Detective James Lipperbarns (Policía Metropolitana de Nueva York), atendiendo a solicitud oficial por parte del Inspector Ernesto Casales, Comisario Delegado del Departamento I.A.S.

—Documento 491175-MPNY-81299—

"En el primer día.

Gracias damos. Gracias damos.

No puedo entender lo que ha ocurrido. Al menos hasta donde yo sé, es lo más raro que ha traído Destino a la familia a lo largo de nuestra prolongada historia. La confusión me ha impedido escribir antes, aparte de que no tenía muy claro si debía o no hacerlo… He resuelto que mi obligación es seguir con los mandatos divinos que en casa lleva a cabo Madre, ya que en este raro lugar estoy sola y nadie más puede hacerlo por mí. Inicio, pues, una nueva rama del Testimonio de la familia; mucho antes de lo previsto, sí, pero obligada por la necesidad. Y lo comenzaré hablando de la extraña situación actual.

Todo se inició en casa. Como todos los días, estaba seleccionando a media mañana la comida que Madre había de preparar más tarde. Esa noche no había dormido demasiado bien —tal vez a causa del baño neural de anteayer— y desde un tenue y agradable inicio sentí cómo el sueño, incontenible cual agua de

catarata, iba adueñándose de mí; todo por culpa del maldito madrugón. Yo sabía que lo de dormirse no estaba bien, y menos cuando una selecciona la comida, pero Cuerpo necesitaba descanso y, como dictan los Preceptos: "Nada se le negará a Cuerpo, por nunca jamás". Ya sé que nadie hace demasiado caso a los Preceptos hoy en día, pero siempre pueden usarse como excusa… Dormí pues, y pronto comencé a soñar.

He olvidado esos sueños —puede que aún esté en ello—, pero sí recuerdo que sentí un fuerte tirón encontrándome, sin poderlo remediar, ante una enorme puerta de piedra, toda ella cubierta de dibujitos y relieves. La piedra de la puerta era casi negra, con algunos destellos granates, lo que no ayudaba a hacerla más tranquilizadora… En ese lugar no había nada más que puerta y un sinfín de oscuridad; aun sabiendo que debía estar soñando todo parecía muy real, así que me pellizqué, para asegurarme. Con tantas ganas lo hice que tengo un morado de recuerdo. No parecía tener muchas opciones —la de la oscuridad no me pareció aceptable—, así que me dirigí hacia lo único que había allí, aparte de mí. Tras tocar aquella gigantesca puerta —que ya sabía yo que no tenía que haberla tocado— desperté, o eso creo, tendida en una cama que no era la mía. No era la de ningún miembro de casa, desde luego; más que nada, porque aquella no era mi casa. Estaba en un lugar repleto de muebles absurdos, antiquísimos, de los que sólo puedes contemplar en museos, películas históricas o formato "D". La misma cama en la que desperté era tan vieja que necesitaba patas para permanecer a una altura adecuada. En realidad, todos los muebles de la casa usaban patas, y no exagero ni pizca. Podían verse muchas más cosas anacrónicas en aquel lugar: espejos (¡de cristal!), mesas de madera, lámparas fijas que necesitan un cable para funcionar, creo que con energía solar, eléctrica, o de gas, aunque no estoy segura… Las puertas de madera que separaban las dependencias funcionan de forma manual, con agarraderos y todo, igual que en esas películas de época que estaban de moda hace no sé cuántos siglos. Además de toda una colección de objetos de difícil clasificación, como una especie de caldera que estaba situada bajo un aparato que daba agua, unas grandes cajas de madera repletas de cosas raras, como telas de colores, o esa otra caja, también conectada a la pared por un cable, que contenía vegetales y algunas materias sorprendentes a una temperatura muy baja. Debía ser algún tipo de adorno porque, al ser abierto, una luz iluminaba el interior para su perfecta observación. A mí no me gustó demasiado: nunca he comprendido ese tipo de arte. En fin, que me encontraba en el interior de un museo. Con la salvedad de que soy el único objeto que resulta atemporal al lugar. Y no hablo sólo de la casa…

Las paredes de la misma estaban cubiertas por una especie de aberturas, tapadas por un cristal transparente que deja ver el exterior. Arcaico pero gracioso, ¿no? El caso es que me asomé por una de ellas, descubriendo con gran consternación que el exterior era tan antiguo como el interior: hasta donde se veía, había un buen montón de pequeños edificios de no más de cincuenta pisos el más grande. Yo misma me encontraba en uno de ellos. Estaban separados en dos mitades por un camino o carretera (aunque de ridículas dimensiones) en la que circulaban un buen montón de curiosos vehículos con cuatro ruedas. Después descubrí que les llamaban "ford" o "camiones" dependiendo siempre de su tamaño: los más grandes eran camiones, y tenían más ruedas. Habían otros que estaban fabricados en un tamaño intermedio, repletos de gentes, pero no conozco todavía su nombre; y aun otros todavía más extraños que sólo tenían dos ruedas. Lo de las dos ruedas no se debe a que necesiten menos, por estar más desarrollados que los fords, no: es que son bastante más pequeños. Tampoco sé su nombre, pero les llamé "forditos" a la espera de conocerlo. Estos últimos son los más bonitos de entre todos los vehículos que he visto hasta ahora, pero también los menos prácticos, pues sólo pueden transportar a una o dos personas, quizá tres si se aprietan bastante. Supongo que en la antigüedad nosotros también tendríamos cosas así, pero yo no he visto ninguna, ni en la más imaginativa de las películas. Lo peor de todo es que hacían mucho ruido. Terrible. Y además está lo de las bocinas: no dejan de saludarse entre sí con unas horribles bocinas —parece ser que todos se conocen—. Toda la ciudad rebosa ruidos —porque digo yo que debe ser una ciudad—. No entiendo cómo permiten que los vehículos paseen por el centro justo de las divisiones, como si fuesen los verdaderos habitantes del lugar, pero hay tantas contradicciones aquí…

Lo que más me llamó la atención en un principio fue comprobar que todas las personas que caminaban por las divisiones, y también las que salían de los vehículos, estaban cubiertas con telas. ¡De verdad! Lo único que dejaban al descubierto eran las manos y la cabeza, ocultando el resto escrupulosamente. ¿No es increíble? Eso fue lo que me llevó a pensar que, desde luego, aquello no era el pasado de mi mundo: en la Tierra jamás nadie se hubiera tapado de esa forma. A mí me daría vergüenza, desde luego. ¿Tapar a Cuerpo? Qué barbaridad… No comprendía aquella blasfema costumbre, pero bueno, poco puedo hacer aparte de observar, asombrada.

En la casa encontré un objeto rectangular, del tamaño de una perisla (*Nota del Traductor: me he puesto en contacto con diversos lingüistas del ministerio, así como con los que trabajaron en el Caso*

Budge, en Nueva York, y parece ser que "perisla" es una palabra inexistente. Es de suponer que se trata de un error en el mecanografiado), que contenía varios rectángulos de plástico y otros circulitos más pequeños de metal, junto a algunos papeles coloreados. Los papeles de colores y las pequeñas fichas circulares de metal las reconocí como parte del dinero que se utilizaba hace milenios en mi mundo, mucho antes de los primeros chips dermales. Las de plástico debían ser más avanzadas, y digo yo que tendrían más valor. Algunas llevaban impresa una foto en dos dimensiones, con atenuados e irreales colores, de una mujer joven que se parecía mucho a mí. De no saber que jamás me habría hecho una foto con telas por encima, incluso diría que la mujer era yo. El nombre que figuraba bajo la imagen era feísimo: Ellen Budge. Además de lo de cubrir a Cuerpo, no podía negarse que tuvieran un gusto pésimo para los nombres. En una de las habitaciones había una computadora, grande hasta la ridiculez pero de minúscula capacidad. No sirve para casi nada, aunque al menos podré escribir el Testimonio en algún lugar. Cierto es que le he tenido que hacer pequeñas mejoras para lograr algo más de rapidez —también programé un rudimentario Escritorio—, pero como el lenguaje del aparato en cuestión es tan sencillo no perdí mucho tiempo en ello. Después encontré unos discos de plástico plateado que contenían información, en forma de enciclopedias y cosas así; como su capacidad de almacenamiento es irrisoria en proporción al tamaño del disco las he dejado de lado. También había por allí algún otro programa de utilidades diversas, entre ellos un prehistórico escritorio llamado "AmiPro, su Procesador de Textos". Vaya nombres. Me decidí al final por utilizar este Escritorio en lugar del que había programado yo —en apenas treinta y cinco minutos… y ya sé que no se me da muy bien, pero quería acabar cuanto antes—; la verdad es que éste tiene una apariencia más bonita, con más colorines y eso… Se hace más entretenido. Le he hecho unos pequeños cambios en la velocidad de funcionamiento, y no ha quedado del todo mal —teniendo en cuenta lo torpe que soy para esto de las máquinas—. Lo que más me ha disgustado es lo de utilizar un teclado, pues hacía más de siete años que no lo usaba, desde la primera educación. No sólo usan teclados, sino que encima las letras están situadas en él de forma estúpida, yo diría que aleatoria, sin el menor sentido —no es que estén atrasados, es que están locos—. Cuando comprobé que podía escribir lo que quisiera, en cuanto quisiera, decidí bajar del edificio y descubrir algo más este lugar. Supongo que no tardaré demasiado en volver a mi casa, y quiero aprovechar para divertirme un poco; que pocas veces se tienen sueños tan sorprendentes… Aunque no me extrañaría nada

que este sueño fuese cosa de algún programa del estúpido de 33323-Lou. Cada día es más idiota.

Pero la cosa no ha sido tan fácil como imaginaba. Apenas llevaba unos minutos en la calle cuando me di cuenta de que la gente no dejaba de mirarme. Según caminaba, más y más personas me seguían con apariencia de estar pasándoselo en grande. Se reían y cuchicheaban entre ellos, los muy idiotas, e incluso los ocupantes de los vehículos llamados "ford" se quedaban absortos mirando. Me di cuenta tarde de que allí no había nadie que caminase como es debido, y pensé en que quizá debería haberme cubierto con alguna tela, pese a la repulsión que me da incluso pensar en hacer algo semejante. Después comenzaron los gritos *"¡Está desnuda!", "¡Va en pelota picada!"*, y cosas así. Pues claro que iba desnuda… ¡eran ellos los que se tapaban! ¿O allí nacían con telas alrededor del cuerpo? También decían *"¡Tía buena!"*, aunque eso no lo entiendo, la verdad. Parece una expresión típica del lugar, porque a ver a qué viene ir diciendo a gritos que tu tía está sana. Menuda imbecilidad. Lo que sí quedó claro es que la próxima vez, y pese a mis reservas, habría de cubrir a Cuerpo con algo si quería pasar desapercibida.

Al rato, cuando ya había aprendido a ignorar las tonterías que decían estos semimonos, apareció un señor que se tapaba con telas azules y que llevaba una cosa rara encima de la cabeza —a la que no le encontré ninguna utilidad, la verdad—, y una suerte de garrote largo y negro en la mano. Vino hacia mí y dijo algo así como que pensaba *"detenerme por escándalo en el público"*. No sé a qué se refería, pero disimulé y le insistí en que no era mi culpa que el público se hubiera reunido para mirarme, y que la escandalizada era yo. Movió la cabeza de derecha a izquierda en varias ocasiones, vamos, como si estuviera negando algo con ella —aunque no creo que estas gentes utilicen signos gestuales similares a los nuestros—, e insistió en ponerme algo en las muñecas mientras murmuraba una y otra vez "Hippies, y yo que creía que desaparecieron en los setenta". El sabría lo que hacía, me dije, y se lo permití. Después me introdujo en un "ford" y me llevó a otro edificio repleto de hombres cubiertos con colores azules como él. Comencé a considerar la posibilidad de que fueran algún tipo de guardias, o algo así, sospecha que después se demostró acertada. En el viaje le pregunté por los nombres de los vehículos, y fue él quien me los dijo. Actué bien, creo, y no sospechó nada raro a raíz de mis preguntas. No quisiera que se asustaran de mí.

El caso es que en la "comisaría" —se llamaba así, lo juro—, se armó cierto revuelo cuando aparecí. Tomaron nota de mis datos y me llevaron a una habitación pequeña, donde había un señor muy

feo que comenzó a mostrarme unos papeles con manchas de tinta y a preguntarme tonterías. Enseñaba un papel manchado y me preguntaba acerca de lo que veía. Supuse que se trataba de algún juego, y traté de seguirle la corriente; como era muy aburrido, al final me cansé. Qué voy a ver… ¡pues manchas de tinta! Será idiota… ¿cómo puede ser que mantengan entre la sociedad sana a semejantes deficientes mentales? ¡Ah!, una cosa importante que descubrí: me habían tapado con una tela azul oscura, y no dejaban de decir *“¡Póngase algo de ropa, joder!”*, así que deduje que a las telas que servían para cubrir el cuerpo las llamaban “ropa”, o “ropa, joder”. Supongo que la diferencia estará en la forma o el color.

Ni que decir tiene que a estas horas ya me había entrado hambre —aunque yo como poco—, pero me daba vergüenza hasta pensar en la posibilidad de meter de nuevo la pata, por lo que preferí callar. Y suerte que lo hice porque, al poco, un hombre entró en el lugar donde me habían dejado trayendo una bandeja de metal, toda repleta de verduras y restos de animales muertos y quemados. Algo asqueroso, sí. Yo no dije nada, esperando a que el tipo me diese alguna pista de lo que pretendía que hiciera con aquello. Dijo *“¿No piensa usted comer nada?”*. Por los innumerables demonios del Kuthein *(Nota del Traductor: tres cuartas partes de lo mismo. Palabra inexistente)*, ¡quería que me comiese aquella barbaridad! La impresión pudo conmigo y caí desmayada. Madre dice siempre que soy demasiado sensible, y tal vez tenga razón.

Recuperé la conciencia cuando uno de los hombres comenzó a llamarme, desde la otra parte de las rejas que cerraban el lugar en donde me habían metido. El señor dijo que mi “Novio” había venido a recogerme. Claro que desconocía la naturaleza de aquello que había decidido rescatarme, pero pensé: *“¡Bienvenido sea!”*. Había esperado que se tratase de un criado, esclavo o similar de fabricación artificial, como nuestro Bo, pero no. El “novio” era un hombre muy joven, más o menos de mi misma edad, no muy guapo a causa de una expresión de honda preocupación que, por fortuna, se alivió al verme. Se supone que debía conocerle, por lo que no dije nada, pero como aquel buen chico me había comprado —pagando a una tal “fianza”, si no entendí mal—, para sacarme de la “comisaría”, imaginé que debía mostrarme agradecida. Estos meningíticos mantenían la venta de esclavos; hasta ahí llegaba su barbarie. El caso es que el joven se acercó a mí, sonrió, dijo *“Estás loca”*, me abrazó y acabó por besarme en la boca. *“Pues muy bien”*, pensé *“al fin algo de cordura”*. Después fuimos a su ford y me devolvió a la que debía ser mi casa.

En el ford no dejó de hacer preguntas que no sabía

responder; en todo caso debía de ser algo tonto, porque respondiese lo que respondiese, sonreía y me miraba alelado. Por lo que hablamos, descubrí que debíamos de practicar sexo juntos en ocasiones, y que se llamaba "Patri" o "Patrik" o algo así —este nombre es más difícil, sí. Anda que no lo complican todo—. Como me conocía decidí no hablar demasiado, por si acaso; aun así tuve que decir más de una inconveniencia, porque de tanto en tanto estallaba en carcajadas y repetía lo de *"Estás loca"*. No sé lo que entiende este individuo por estar loca, pero espero que no tenga el mismo significado que en casa, o empezaré a molestarme con él. Como lo dice entre risitas y miradas tiernas no parece estar insultando… pero no sé qué pensar. Al llegar a mi supuesta casa preguntó si quería que subiese, y le dije que no. Vi perfectamente por donde iba, pero hoy estoy confundida y a Cuerpo no le apetece; no sé, es muy raro en mí…

Cuando subí hasta la puerta descubrí que no quería abrirse. La razón es que debes introducir un pequeño objeto de metal, que llaman "llave", en una minúscula abertura. Si esta última reconoce a la llave, la puerta se abre. Yo no tenía ninguna, pero por fortuna el "novio" sí. Tuve suerte. Después hizo una gracia sobre lo difícil que resulta esconder una llave de la forma en que había salido yo a la calle, y reí con él, para disimular la confusión. No entiendo muy bien el chiste, aunque en el fondo tenía razón: no podría esconderla en ningún sitio, ni aun sabiendo que tenía que cogerla. Lo que no comprendo del chiste es por qué tendría que esconder tan importante objeto: ¿y si luego no lo encuentro?

Ya en la casa, que el tal "Patri" llama "Aparta-mento", lo primero que hice fue buscar la maldita llave. Había allí un buen montón de ellas, por lo que tuve que perder un rato en descubrir cuál era la correcta. El resto debían de ser de otras puertas, claro, pero a saber dónde estaban las condenadas… Después pensé en preparar algo de "ropa, joder" por si decidía volver a la calle. Ya en mi primera inspección del "aparta-mento" había encontrado una gran caja empotrada en la pared que contenía muchas, y de nuevo perdí unos minutos en decidir qué ponerme. Basándome en los recuerdos de las personas que había podido ver por el exterior, me decanté por unas cuantas piezas que esperaba combinasen bien. Fue muy duro cubrir a Cuerpo con aquellas obscenidades, y en cuanto terminé de decidirme volví a quitármelas, aliviada. Creo que el motivo que les impulsa a cubrirse es el frío que hace por aquí, pues de lo contrario sería incomprensible que se autocastigaran así. Pero, de forma ilógica, prefieren taparse a algo tan sencillo como acabar con el frío. En fin. Deduje que el guardia, que aquí llaman "agente", me había llevado a la "comisaría" para cubrirme y resguardarme de

las inclemencias de la temperatura. Lo que no entiendo todavía es lo de que me vendieran al “novio” “Patri”, pero no puedo pretender comprenderlo todo en un solo día. Poquito a poco. Cuando acabé con el asunto de las “ropas, joder” comencé a escribir el Testimonio, y aquí he acabado por hoy. Tengo sueño, pero aún tengo mucha más hambre. Buscaré algún lugar donde pueda conseguir comida mañana, si es que todavía estoy por aquí.

Gracias sean dadas. Gracias sean dadas.

En el segundo día.

Gracias damos. Gracias damos.

No he vuelto a casa. Como broma no ha estado mal… pero en cuanto regrese se va a enterar quien haya sido. Yo creo que ya está bien.

Al despertar, descubrí que mi pobre estómago necesitaba meterse algo dentro, pues llevaba dos días de ayuno y, aunque por lo general no me preocupo demasiado por comer, el actual caso era casi desesperante. No tanto por el hambre lógica que sentía, como por la necesidad de localizar un lugar adecuado donde poder conseguir los alimentos. Una vez localizado sabía que podría respirar tranquila. De forma que empleé la mañana en deambular de un lugar a otro en su búsqueda. Al principio no conseguí nada, pues las tiendas de alimentos rebosaban de porquerías inhumanas que jamás podría consumir. No deseo extenderme demasiado en lo que en aquellos lugares había, pues siento que el recuerdo me produce arcadas de asco.

La curiosidad del lugar donde ahora vivía me hizo olvidar por un instante mi verdadera preocupación. La arquitectura era prehistórica pero muy bella. No habían muchos niños en las divisiones, por lo que imaginé que debían estar en casa recibiendo las clases, pero estaba equivocada. Todos los pequeños de la ciudad estaban recluidos en unos gigantescos edificios, rodeados de muros y verjas, en donde a saber qué les hacían. Cada cierto tiempo salían a un patio exterior y allí jugaban. Eran extraños sus juegos, aunque es normal: estoy en otro mundo. Y estos lugares de encierro estaban por toda la ciudad. Quizá los reúnan para educarlos a todos juntos, o para cuidar la salud de los padres, o quién sabe… tal vez por las dos cosas. En lo que se refiere a los adultos, debo decir varias cosas. En primer lugar, estos sí que están locos. Es un caos vivir así: el ruido es casi insoportable, el mal olor llega a marear, violencia por doquier… Hay unos cuantos, de color oscuro casi siempre, que

pasan el rato tirando una esfera —que da botes— hacia un pequeño aro. Si aciertan, porque se trata de acertar, se ponen muy contentos. Los de color más claro suelen enfadarse con este hecho, pues suelen ser más torpes. Es curioso, pero yo diría que las personas claras no aceptan demasiado bien a las oscuras, aunque el motivo parece evidente ya que, sin ninguna duda, en este mundo los de color oscuro están más evolucionados, son más inteligentes y tienen un físico superior al resto. Claro que los de color más claro como yo son mucho más numerosos, y supongo que deben tener envidia o miedo a extinguirse, no sé. Al fin y al cabo todos son humanos. Subdesarrollados pero humanos. La verdad es que los de color claro son bastante reaccionarios, pues se meten con todo el que se les cruza de diferente color. Entre ellos se aceptan bastante bien, aunque se observan los mismos instintos de envidia y repulsa cuando se encuentran con alguien más alto o más delgado. No lo comprendo muy bien, pero con los oscuros no suele pasar. Quizá se deba a que, como insisten en repetir una y otra vez, son todos familia: o tíos o hermanos. Seguro que ése es el motivo de la rabia que padecen los más claros, pues los más inteligentes hombres de piel oscura se deben negar a reproducirse con nadie que no sea de su color.

Lo que sí está claro es que, en público, los hombres oscuros son adorados por los claros. Hay un aparato que llaman “tele visión”, cuyo nombre lo define con exactitud, que emite imágenes en dos dimensiones y de ínfima calidad. Su objeto debe ser informar o divertir, pero a mí me pareció bastante estúpida y cargada de contenidos vacuos. Allí, los hombres oscuros practican lo de tirar la esfera al minúsculo aro ante miles y miles de personas, en su mayoría claros. Estos los elogian por ello. También hacen cosas similares con otros objetos de diferente tamaño. En uno se visten con una especie de armadura con casco y se lanzan unos contra otros con el objetivo de salvar a un extraño objeto con forma elíptica del contrario, empecinado en robarlo. Aquí dejan participar a algunos claros, ya que parece más sencillo de ejecutar. También hay un espectáculo de lucha en el que los humanos se reúnen para ver cómo una y otra vez un hombre de color oscuro, con grandes guantes de colores vistosos, le da una paliza de muerte a otro de color más claro. Aquí visten con unos cómicos trozos de tela brillante que les cubren los testículos y poco más, supongo que para protegerlos o identificarlos. Lo que ocurre con esta actividad es que, al parecer, o no son muchos los claros que se atreven a pegarse con un oscuro, o bien se han cargado a todos los que se atrevían, por lo que al final tienen que hacerlo entre ellos, oscuro contra oscuro, para matar el tiempo. El objeto de todas estas actividades debe ser

el de dirimir las diferencias de un modo menos sangriento que guerreando. En esto han evolucionado bastante rápido: eligen a representantes y ellos deciden el bando ganador. Digo yo. A los de color claro se les permite divertirse practicando otras actividades que los oscuros deben dejar por inútiles o por demasiado sencillas. Hay una en la que golpean con un palo largo de metal, en un prado verde y arbolado, a una casi invisible esfera con la intención de hacerla caer al final por un pozo o agujerito casi tan pequeño como la cosa redonda. Cuando lo consiguen levantan la mano, sonríen y saludan. Es una tontería, pero se divierten. Y también hay otra especialidad en la que tipos enormes, casi siempre claros, simulan un espectáculo de lucha teatral en la que suelen ganar a los oscuros. Es ridículo, pues la farsa es evidente, pero como los claros parecen creérselo se les permite hacerlo para dejarlos felices. Será por eso de eliminar frustraciones, como dice Padre. Desde luego, los oscuros han de andarse con mucho tiento por este mundo para no herir la sensibilidad de los claros y evitarse así varios y serios problemas.

Todo es bastante incomprensible para mí, pero también hay algunas ocupaciones que me son afines, como la búsqueda de la comida —sea lo que sea que coman—, que al igual que en la Tierra suelen realizar las mujeres, o las reuniones públicas en lugares donde se grita y se dan saltos, parecido a nuestras Asambleas, sólo que mucho más salvajes. El único problema es que algún imbécil pone música mientras la gente discute, a un volumen inconcebible, y así no hay quien se entienda. Lo he visto anunciado en el aparato de "tele visión", y las celebran los días llamados "Viernes" o "Sábados" por la noche. Parece legal, aunque acuden jóvenes en su mayoría, digo yo que será por la energía física que se necesita: se pasan el rato bebiendo líquido, lo que no me extraña, porque el calor debe ser terrible en esos sitios —y siguen sin quitarse las "ropas, joder". Increíble—. Intentaré asistir a una de ellas. También pierden mucho tiempo en el interior de sus vehículos, como nosotros, con la diferencia de que ellos lo hacen por el interior de la ciudad. En definitiva, hay grandes contradicciones, ocupaciones incomprensibles para mí e instintos demasiado cercanos a la bestialidad, pero en el fondo son humanos como nosotros. Quizá sea el frío lo que les hace actuar de forma tan extraña.

El caso es que no lucharé por entenderlos, ni tampoco por pretender cambiarlos: trataré de adquirir sus costumbres hasta que alguien decida devolverme a mi mundo. Además, el problema de la comida ya no lo es tanto, pues es más sencillo conseguirla de lo que imaginaba. Lo explicaré, pues algo de curioso sí que tiene.

Comenzaba a atardecer, y volvía del edificio donde había podido contemplar los aparatos de “tele visión” —creo que le llaman “Almacén”, un lugar lo bastante grande como para permitir a las personas que paseen tranquilamente, sin ruidos ni “fords” molestando—. Había decidido regresar tomando un camino diferente, para familiarizarme con la pequeña ciudad. Había llegado a una zona de inusual pobreza, de tonos tristes y oscuros, repleta de suciedad, humedad y ratas, a la cual llamaban “Bronx”. Paseaba con tranquilidad, admirando la magnífica paz que se respiraba por allí, lugar vacío de vehículos en funcionamiento o de gritos de personas. De tanto en tanto se escuchaba, eso sí, una especie de estampido ocasional, en ocasiones solitario y en otras junto a toda una coral de estampidos similares. El caso es que en una esquina había un tipo muy grande, de cabellos largos, que absorbía aire de un pequeño cilindro de color blanco. No lo había comentado antes, pero en esta ciudad hay bastante gente que padece de algún tipo de enfermedad respiratoria —quizá relacionada con el asma—, y necesitan de esos curiosos cilindros para respirar con bastante frecuencia. Después convierten el aire en un humo blanco-grisáceo que expulsan por la nariz y la boca. El problema es que estos cilindros se agotan con relativa prontitud, obligando a los pobres enfermos a comprar más y más —parece ser que los hay de diferentes calidades y precio, y los que fumaba ese hombre se llaman Camel—. Pero voy a seguir con lo que estoy contando.

Cuando llegué a su lado el hombre me dijo *“Eh, nena, ¿quieres pillar?”*, *“¿Pillar, qué?”* le respondí, *“Mierda. Tengo de toda la que se te ocurra imaginar”*, *“¿Mierda?”*, le dije, *“¿y para qué iba yo a necesitar algo de tu mierda?”*, “*anda la hostia. ¿Estás gilipollas o algo parecido?”*, *“No lo sé. Puede”*, respondí con perspicacia, añadiendo “*¿Y tú, estás gilipollas?”*. El tipo me observó de arriba a abajo, dijo “*¡Coño con la nena!”* y *“¿Te quieres quedar conmigo?”*. Yo no sabía si se refería a que si quería quedarme en su compañía o a que si quería quedármelo, por lo que respondí con otro *“Puede”*, que parece dar un buen resultado. El hombre abrió aún más los ojos y, tras sopesar las diferentes posibilidades se llevó la mano a los testículos balanceándolos de arriba a abajo y entonces dijo: *“¡Anda ya, tarada!, ¡ven y cómemela!”*. Aquello sí que lo comprendí, aunque era bastante raro, por lo que le dije, precavida, pues no quería meter la pata o herir su sensibilidad, *“Pero… ¿aquí?”*. El hombre se quitó la mano de los testículos, se la llevó a la barbilla, me miró, más minuciosamente esta vez —sobre todo las tetas. He visto que los hombres de aquí se fijan mucho en las tetas de una—, sonrió mientras se mordía el labio inferior, puso la mano izquierda sobre mi pecho derecho, lo apretó dos veces, él sabría la razón, y

respondió *“¿Dónde?”*. Ahora quien sonrió fui yo. ¡Al fin me entendía con alguien de este mundo! A Cuerpo le apetecía mucho, y pensé que un buen lugar podría ser mi nueva casa, pues era bastante tranquila. Así se lo hice saber. Volvió a sonreír y dijo *“Puta madre, muñeca, puta madre. Pero no pienso darte ni un pavo por esto, nena”*. No sé para qué querría yo un pavo, pero preferí no comentarlo, por si acaso. Después me cogió de la muñeca primero, me dio una palmada en el culo al instante siguiente y me dijo *“Venga tía, te llevo en mi coche”*. Sufrí una pequeña decepción al comprender que toda la amabilidad de aquel hombre se debía a que me había confundido con una de sus tías, pese a que yo era mucho más joven que él. Pensé en decírselo, la verdad, pero bueno, ya que estaba en ello… Sé que es una ciudad pequeña, y que casi todos deben ser familia, pero lo cierto es que no me parecía en nada a él —a lo mejor la tal Ellen Budge sí que era su tía, y me había confundido con ella, como el “novio” “Patri”—.

El “Coche” resultó ser un “ford” bastante destartalado que olía a sudor e incienso. Le indiqué cómo ir a la casa y llegamos en pocos minutos. Parecía nervioso, pues no cesaba de increpar e insultar al resto de los vehículos por nimiedades como no ir “por su derecha”. Ya había dejado de intentar comprender aquella jerga extraña, era demasiado complicado, por lo que no hice preguntas. En mi mente barajaba la posibilidad de que se hubiese producido alguna confusión entre nosotros, y eso me tenía bastante azorada. Si me había confundido quedaría bastante en ridículo ante aquel buen hombre, y ya estaba bastante cansada de avergonzarme una y otra vez, pero ¿qué podía yo hacer?

Al llegar a casa me despojé de las “ropas, Joder” para estar más cómoda. Además, como hacía bastante calor supuse que no le importaría. Cuando vi que también él se las había quitado supe que no me había equivocado: al parecer habían cosas que se hacían igual allí que en nuestro planeta. Le mostré la habitación donde estaba mi cama y le dije que si quería se podía tumbar allí, para estar más cómodo, cosa que hizo con rapidez. Al poco volví con lo que pude encontrar, que no era mucho, pero cuando el hombre vio los pobres cuchillos que llevaba volvió a sonreír e insinuó si no prefería atarle. Dijo *“Así me gusta, nena. Que seas retorcida”*. Me encogí de hombros. Si quería que lo atase, lo ataría. No iba a meterme de por medio en sus costumbres. Busqué algo para hacerlo y encontré varias telas, de resistencia y tamaño adecuado, con las que le sujeté a la cama de manos y pies mientras que él trataba de lamerme las tetas con la lengua, cosa que encontré muy desagradable. Después tomé uno de los cuchillos y me acerqué, mientras el hombre decía una y otra vez *“¡Chúpamela, chúpamela!”*.

Desde luego que aquel hombre tenía una auténtica fijación con lo de chupar, pero yo tenía demasiada hambre como para perder en tiempo en tonterías. Aparte de que una cosa era que me lo iba a comer, y otra muy distinta empezar a lamerlo cuando además tenía el pobre un aspecto tan desagradable. Lo que no entendí fueron los gritos que comenzó a soltar cuando empecé a trincharle, pues yo sé que no hago ningún daño cuando corto, ya que siempre se me ha dado bien. Al menos eso dicen en casa. No cesaba de gritar, y habría molestado a los vecinos cuando decidí ponerle un trozo de tela en la boca mientras seguía cortando, para que dejase de molestar. Repetía varias veces *"¡Zorra caníbal, eres una maldita caníbal!"* cuando le introduje la tela en aquella abierta bocaza. Según un antiguo diccionario en papel que hay en un estante, junto a la mediocre computadora, "caníbal" es: "Dícese del salvaje de las Antillas, que era tenido por antropófago". Y "antropófago" era: "Que come carne Humana". ¿Pero, qué tiene eso de malo? Más tarde observé su cara, y vi que se reflejaba la sorpresa en ella, pues al fin se había dado cuenta de que no le causaba ningún dolor. Creo que estaba anonadado, supongo que porque por aquí no se debe cortar muy bien —están tan atrasados— y el cambio le resultaría demasiado nuevo.

En fin, todo era casi como en casa. Se me había ofrecido con claridad y yo me lo comía. A fin de cuentas no están tan atrasados como parecen, aunque las formas y modos de comportamiento sean diferentes. Creo yo que será el miedo al dolor el que les hace comer animales muertos —¡pero qué asco!—, mas éste es un aspecto que sin duda mejorará con el tiempo.

Empezaba a preguntarme por el precio que exigiría al acabar de saciarme cuando, mientras comía un trozo de su bíceps derecho, comprobé que el pobre se había muerto, al parecer por una parada cardiorrespiratoria leve. El muy idiota. Si en ese entonces hubiese tenido menos hambre me habría dado cuenta y lo hubiera solucionado —que nadie se muere por semejante tontería—, pero como le tapé la boca a causa de sus gritos ni me enteré. Miré un trozo de carne que sujetaba entre los dedos un tanto asqueada, interrogándome sobre la posibilidad de que el sujeto estuviera más enfermo de lo que creía —lo del asma no me había importado mucho, la verdad—, pero ahora ya estaba hecho, y no pensaba devolver lo comido. Lamenté su muerte, pero si estaba enfermo no era mi culpa. Por fortuna, a esas alturas ya había comido su pierna derecha casi al completo y parte de su brazo, por lo que Cuerpo estaba bastante satisfecho. La lástima es que al dejarme las partes más sabrosas para el final, se habían perdido para siempre. Le retiré los toscos torniquetes que había hecho con más tela y dejé que se

desangrara del todo. No caí hasta entonces en la imposibilidad, aparente cuanto menos, que hay en este lugar de reciclar la carne sobrante. No creo que posean tal tecnología, por lo que los tullidos deben de ser abundantes. Había muerto, así que ya no necesitaba cicatrizarle; mejor, porque me aburre hacerlo. Después de asearme comencé a escribir.

Me he dado cuenta de que la sangre del hombre es absorbida con demasiada rapidez por el suelo, por lo que no me extrañaría que mi vecino de abajo tenga unas desagradables goteras rojas. No sé como hacer desaparecer toda esa sangre sin molestar a nadie, pero creo que tendré que pedir algún utensilio de limpieza a alguien —que digo yo que algo sí limpiarán—. Mira, ¿no lo había dicho?, ya han llamado a la puerta. Dicen que son “la policía”, y creo que es algo relacionado con el “agente” que me “detuvo” ayer. No sé que es lo que querrán, pero me pondré algo encima para que no se importunen. Y de paso les pediré que, si no es mucha molestia, se lleven el cuerpo del hombre asmático, ya que yo sola lo tengo bastante difícil. Insisten en la llamada, así que seguiré mañana. *“¡Ya voy!”*, grito.

Gracias sean dadas. Gracias sean dadas.”

Víctor Manuel Ánchel Estebas

Víctor Manuel Ánchel Estebas es español. Nació el 29 de diciembre de 1973. Es músico, oboista, y toca en la primera orquesta de su país: la Orquesta Nacional de España (con ella vino a Buenos Aires y tocó en el Teatro Colón). Además es profesor de oboe en la Escuela Superior de Música “Reina Sofía”, de Madrid, que pasa por ser la más prestigiosa escuela de música de España. Dice ser un lector enfermizo, con especial predilección por la literatura fantástica y la ciencia ficción, y está orgulloso de su biblioteca (con muchos libros descatalogados, como la obra completa de Fritz Leiber o Moorcock). Los libros viejos son otra de sus pasiones. Se confiesa rendido admirador de “o Rei” Quevedo.

Teniendo en cuenta ese amor por los libros y sus maravillosas realidades alternativas, no es difícil entender que acabase por escribir. Lo hizo a los 15 años, con un relato corto del cual guarda un buen recuerdo. A partir de entonces no ha dejado de aporrear las teclas de sus diferentes ordenadores. Además, es un buen “vampirólogo”: colecciona todos los libros de vampiros que puede encontrar, y tiene un incunable del siglo XVIII del “Traité sur les apparitions des esprits et sur les vampires où les revenans de Hongrie, de Moravie, etc.”, del padre Dom Augustin Calmet, que le costó dos sueldos…

Fue premiado en el Concurso Axxón, Mundos Diferentes, por la novela de Fantasía *Más Allá del Sueño: El Medallón* (Axxón 116). En el número 112 de Axxón los lectores podrán encontrar otro relato de su serie “Más allá del sueño” y uno más, fuera de la serie, en el número 113 de Axxón.

El misterio de los Cayos de la Florida

Daniel Grau

Si bien en la mayoría de los casos el tiempo sana las heridas y mitiga sus dolores, es el mismo tiempo el artífice, en mayor o en menor grado, de permitir al menos que esas marcas subsistan a través de él.

He de escribir esta historia de consecuencias reales, mas no se me pida una explicación sugerente del porqué; algunas personas acuden a ciertos ardides de baja estirpe y caminos intrincados de dudosa procedencia moral cuando hay senderos directos que evitarían esas calamidades del pensamiento y la acción correspondiente. Pero así ocurrió.

Me encontraba yo de visita —de esto han pasado varios años —, disfrutando una estadía muy particular en un lugar de características paradisíacas.

Las flores en los jardines adyacentes de la mansión perfumaban el aire matinal. Los senderos de adoquines traían el encanto de su atmósfera antigua a los pasos de mi caminata silenciosa. Una leve brisa deambulaba errante entre los canteros floridos y el graznido de gaviotas cercanas me traía el soberbio presagio de la proximidad del mar.

Descendí unos cuantos pasos por una escalinata de piedra, la presumí forjada rudimentariamente a puro cincel y martillo en la roca viva del acantilado, aunque el resto del trabajo obrado por la erosión de tantos años, como un artesano fino, la había pulido en forma casi perfecta. A los lados de los peldaños, densos arbustos imposibilitaban toda tentativa de ver a dónde conducía el camino; pero lo vislumbraba. El aire salado se respiraba más denso a cada paso.

No podía ser de otra manera, la majestuosidad de aquella acuarela real, el mar, se reveló en todo su esplendor luego de traspasar el último matorral.

En aquel momento no pensé en nada; a decir verdad, en una única persona, mi amigo Walter Charmot. De hecho, haber contado con tan cordial invitación a su casa en la paradisíaca isla de Andros era la causa central por la que ese paisaje estaría guardado en mis retinas para el recuerdo eterno. Ser escritor algunas veces trae ciertas ventajas.

La casona de arquitectura soberana con reminiscencias de estilo gótico francés estaba construida sobre una elevación del privilegiado paraje en el extremo oriental de la isla, en las afueras del poblado de Kemps Bay, distante apenas doscientos kilómetros por mar de la ciudad de Miami.

Charmot era un acaudalado millonario venezolano, un señor bastante mayor de edad, viudo desde algunos años y recluido del trajinar de las populosas ciudades. Aún continuaba siendo un influyente empresario petrolero en el mercado. Aunque para mí no dejaba de ser un hombre dispuesto a llevar a la pantalla grande uno de mis libros recientemente editado; por no faltar a la verdad, el único editado.

La amistad con él era indirecta: yo era amigo de su único hijo, Alejandro. Con Alejandro compartimos tiempo atrás las aulas de la Universidad de Buenos Aires. Allí llegamos a ser, de algún modo y más allá de los libros, como hermanos de sangre.

Un terrible accidente automovilístico segó la vida de aquel entrañable joven emprendedor y carismático, de manera que su padre, a partir de ese momento, se relacionó conmigo con cierto carácter paternal. Yo era el único lazo de remembranza para un progenitor abatido por el dolor de la pérdida.

Mientras mis pies se hundían con suavidad en la húmeda arena sobre la orilla del mar, pensaba en Charmot y su soberbia camaradería, el buen trato que me brindaba y la preocupación constante por que me sintiera a gusto. Insistía en que disfrutara recorriendo su playa privada y olvidara los detalles estresantes del trabajo previo a la filmación de la película.

Él era un hombre de baja estatura, patillas generosas bien tratadas, mirada segura y dotado con un aire de grandilocuencia que ostentan los millonarios como un bien no negociable. Mantenía esa seguridad manifiesta en cada acción realizada, como si la posibilidad de un error fuese para él una ausencia preestablecida por designios naturales.

Así era Charmot, un hombre seguro de sus actos, emprendedor y, sobre todo, arriesgado; en su lugar jamás me hubiese animado a tanto con un escritor de bajo perfil como lo era yo, mucho menos para considerar semejante aventura de unos cuantos millones. A él apenas le había alcanzado con leer la obra *Puerto Esperanza* para tener la certeza de un destino oportuno para mi novela.

Las dos misteriosas botellas que encontré esa mañana en la playa fueron la causa de todo lo que siguió.

Su perrita Lucy ladraba a lo lejos entre los arbustos de los jardines que, desde la costa, se veían elevados. Joaquín, el jardinero, llevaba una carretilla repleta de tepes de césped para renovar. Ningún otro ser vivo se asomaba en mi campo visual; quizá Charmot pudiera hacerlo desde su despacho en el segundo piso de la mansión, pero era pura hipótesis. De modo que, cuando me incliné sobre el borde de resaca marina, repleta de algas y desperdicios del mar, a recoger esas dos botellas, casi con seguridad diría que nadie me vio. No estaban juntas, de modo que recogí la primera, me erguí con disimulo, caminé unos metros y allí tomé la segunda.

Alguien en alguna oportunidad me comentó que se divertía arrojando botellas al río con saludos escritos. Además, esa persona solía colocar su dirección. Era un solitario y aquello lo divertía, pues en varias ocasiones, y desde los más remotos lugares, había recibido, mediante carta normal por correo, respuestas a su travesura de niño explorador. Otro caso similar, pero de trascendencia histórica, fue el de Shelley, "el ángel frenético", el poeta incinerado a orillas del Mar Rojo por Lord Byron y esposo de Mary Godwin (autora de Frankenstein). Distribuía su *Declaration of Rights* por medio de botellas que arrojaba al mar desde un acantilado. Pero éste sin dudas no era el caso.

Las botellas que hallé esa mañana estaban muy bien cerradas, no se trataba de una hoja con saludos o picardías infantiles. Dentro de cada una de ellas se veían varias páginas enrolladas. Eran recipientes de vidrio de tonalidad marrón y defectuosa manufactura: arriesgué un origen artesanal, pues sus formas eran rudimentarias. Su tapón consistía en una pieza de alcornoque presionado hasta el borde inferior del cuello, mientras un precinto sobre el tapón, realizado rústicamente en soga o liana vegetal, un material nada sintético, aseguraba mejor el cierre hermético.



Ambas botellas eran idénticas, aunque mirándolas con detenimiento se apreciaba que habían sido fabricadas a mano, ya que entre ellas se distinguía que algunas formas y tamaños (si bien eran similares) no eran exactos. Las revisé palmo a palmo: no existía en ellas inscripción alguna en el vidrio, ni otro signo que delatara su procedencia.

No sé por qué motivo, pero así lo concebí, no deseaba compartir el hallazgo con nadie. Se apoderó de mí una sensación mezquina de naturaleza extraña, un egoísmo que alcanzaba incluso a Charmot.

El contenido de los mensajes podía tratarse de alguna estupidez, o no, pero de igual modo hice caso omiso a las culpas. Oculté las dos botellas entre mis ropas y me encaminé resuelto al cuarto que me habían asignado.

En el ala este de la fastuosa mansión rodeada de jardines y verdores, en su segundo piso, se encontraba mi suite. En su enorme ventanal blanco, los cortinados de seda bordó habían sido recogidos a cada costado como una cascada de opulencia; esto permitía que entrara abundante luz, que se proyectaba sobre la vasta cama de roble antiguo.

Logré con gran esfuerzo calmar la ansiedad; eran las tres de la tarde y no resultaba prudente hacer esperar a mi amigo. Así que

me reuní con él para tratar temas que comprendían al desarrollo del film. La reunión duró sin pausas hasta la hora de cenar. Recién a las nueve de la noche subí al cuarto, con una obsesión que me había mantenido todo ese tiempo ido de las conversaciones: abrir las botellas y leer los mensajes.

Marcos, uno de los empleados de la casa, me proveyó un sacacorchos y una botella de buen vino con su correspondiente copa, además del pequeño cuchillo que le había solicitado. Material que, además del hecho de que el asistente nunca se entrometía en asuntos privados, no levantaría ningún tipo de sospecha; cualquiera desearía beber una buena copa antes de dormir mientras disfrutaba de la lectura.

Apenas el muchacho salió de la habitación cerré con llave y me abalancé sobre una de las botellas… no la del vino, obviamente. Corté los hilos, quité el tapón y sacudí la botella. Esa labor fue inútil: las hojas, dentro, se habían adaptado al diámetro del cuerpo del envase, lo que provocaba que no salieran por el estrecho cuello de la botella. No tuve opción: con un golpe contundente y certero del atizador que reposaba hasta ese momento al costado de la chimenea, rompí uno de los envases, pero antes tomé la precaución de enrollarlo en un tapete pequeño que permanecía al pie de la puerta, para que no se oyera el ruido de vidrios rotos.

Dispuse con sumo cuidado los manuscritos sobre la cama, los desenrollé y volví a enrollar en forma contraria para quitarle esa curvatura que incomodaba la lectura.

Eran hojas apergaminadas y resecas, pero la letra era clara y estaba manuscrito en español moderno, a pesar de la supuesta antigüedad del texto. Quizá una parte de los rayos solares había logrado atravesar el vidrio y había degenerado las hojas, aunque es sabido que la mayoría de las medicinas y drogas químicas de laboratorio están envasadas en frascos de vidrio marrón, con el objeto de preservar mejor el contenido de la incidencia disgregadora de la luz. En efecto, tal vez las notas no eran tan antiguas, sino que la protección del envase no había resultado óptima; pensé.

Observé detalladamente y comprobé que mi capacidad de apreciación no había fallado. Eran varias hojas escritas en tinta negra, con letra manuscrita muy legible y prolija. Aunque la superficie no poseía renglones, la alineación de las palabras era magistral. Me recosté en la cama y leí…

Diario del Doctor Enrique Sánchez Toledo
Día 1
Hemos arribado de emergencia a una isla presuntamente desierta, no sé

dónde nos encontramos, estamos perdidos. Volamos en un hidroavión biplaza, propiedad de mi amigo Augusto, desde la ciudad de Tampico (México) en ruta Este, con destino a Santo Domingo. No llevábamos pasajeros. Los instrumentos de navegación colapsaron todos al mismo tiempo. Augusto piloтó con sumo esfuerzo para mantener la nave en el aire por un lapso de aproximadamente tres horas sin rumbo fijo. A nuestro parecer ya tuvimos que haber pasado Santo Domingo. Estamos definitivamente perdidos. Nuestra travesía de dos mil ochocientos kilómetros hasta nuestro destino nos demandaba entre seis y siete horas de vuelo normal; hemos volado diez.

Día 2
La radio del avión está muerta, las provisiones son escasas. Apenas hay cuarenta litros de combustible en los tanques de reserva. Según me informa Augusto, no se podrá intentar ningún despegue.

Día 3
Hoy ha llovido todo el día, el aislamiento nos va desmoralizando. La radio continúa muda. Las provisiones de comida se acabaron hoy por la tarde. Si de algo importa, creo que es 3 de julio de 1980.

Me sorprendí al leer la fecha, sentí la desesperación por la prueba a la que les enfrentaba la vida y me sumí en la agonía de aquellos hombres, en la más completa soledad y sujetos a un destino incierto en las manos de la naturaleza salvaje de ese territorio. Por aquel entonces, mientras leía en la casa de Charmot, era el año mil novecientos noventa y cinco. Ya nada se podría hacer, eso conjeturé, pues habían pasado quince años.

Descorché la botella de vino; con la ansiedad y avidez de lectura que me urgía, abandoné la copa sobre la mesita, bebí sin reparos directamente del envase, mientras continuaba leyendo sin tregua para calmar mi curiosidad.

Día 4
Tuve un poco de fiebre por la noche, en el botiquín del avión hallé unos antibióticos, eso me mejoró. No recibo señal alguna en la radio. Augusto intenta repararla, aunque me ha comentado que a la vista no tiene desperfecto alguno. Seguiremos esperando.

Día 5
Nos aventuramos entre la vegetación en busca de víveres, hay plátanos y cocos por doquier, es una isla paradisíaca pero solitaria, demasiado solitaria para mi gusto personal. Amarramos el avión con soga a una palmera próxima, el ancla pequeña del aparato no es suficiente para los

oleajes de las noches, peor sería estar a la deriva en el mar.

Día 6
No deseo escribir, mi moral está cada vez más baja. Augusto, supongo, permanece igual que yo; casi no pronunció palabra en el día. Mañana saldremos a realizar una caminata por la isla.

Día 7
Caminamos a marcha lenta por la playa unas tres horas. Hemos regresado al punto de partida. La superficie total de la isla no excede el kilómetro cuadrado, abunda la vegetación y los frutos, no hallamos signos de vida. El centro de la isla está conformado por un montículo terroso de al menos cincuenta metros de altura en su parte más elevada, cubierto de líquenes, musgos y arbustos pequeños. Todo es de un verde muy brillante. El clima tropical y la humedad ambiente exaltan el crecimiento frenético de las plantas.

Día 8
Hoy por la mañana nos adentramos entre la tupida vegetación en busca de algún manantial de agua potable. No hemos tenido éxito por ahora.

Día 10
Hace mucho calor, las reservas de agua se están agotando, ¡Por Dios!, que más nos sucederá.

Día 11
El cielo y el mar se confunden en el horizonte dentro de una tonalidad muy extraña, todo es verde fluorescente, nunca he visto algo parecido, estamos en el trópico de seguro, no más lejos de algunas horas de avión dentro del Caribe y sería absurdo pensar en la aurora boreal, pero así se ve.

Día 12
Continúan ocurriendo hechos extraños, estamos confundidos. Las luces se multiplican en el horizonte. Quedan apenas dos bidones de agua, unos diez litros en total.

Día 13
Nos dormimos en la playa. Ha ocurrido un acontecimiento sorprendente, sé que no me he vuelto loco. Cuando desperté estaba ocultándose el sol, eran las nueve, casi noche, ahora estoy escribiendo a plena luz del día, son las siete de la tarde. Mi reloj camina en reversa, el sol también. ¡Esto es demasiado! El tiempo, ¡Dios!, el tiempo camina hacía atrás.

Día 14
Los días transcurren al revés, el sol sale por el Oeste y se pone en el Este, mi reloj continúa restando horas, pero de una manera inusual, he efectuado un burdo cálculo del asunto y según las necesidades de sueño de nuestros organismos, presumo que los días aquí duran apenas ocho horas, en lugar de las veinticuatro normales, lo chequearé nuevamente con mi reloj mañana. Es por ello que dormimos casi un día completo cada dos de vigilia, las consecuencias de este fenómeno las visualizo con respeto y terror, si no salimos pronto de la isla, cada año valdrá por tres y en diez años tendré treinta menos. ¿Y en veinte…?

Percibo que es una verdadera locura, pero así sucede, las olas se recogen desde la arena, crecen, toman volumen y se extinguen en lo profundo del mar. Debemos tomar valor y descender nuevamente a la playa, necesitamos comer algo. Mi amigo esta muy asustado, aprecio en él cierta paranoia ante cualquier sonido extraño.

Día 15
Un ave pasó volando de cola al viento, obviamente en reversa, perdón, me corrijo, divisamos varias aves ahora de igual modo.

He verificado con mi reloj y en efecto, entre cada salida de sol hay un margen exacto de ocho horas. Para nuestra desgracia tenía razón.

Día 16
Estoy asustado. He regresado al interior de la nave luego de una caminata por la playa; bajé solo, Augusto no desea hacerlo últimamente. Algo aún más inexplicable me sucedió allí en la arena, no se lo mencionaré a mi camarada; eran cerca de la tres de la tarde cuando tomé varios frutos para traer a nuestro hogar flotante, cuando vi algo horrible; mi cuerpo no proyectaba sombra.

Interrumpí la lectura cuando escuché unos pasos en el corredor. Supe enseguida que Charmot, el mismísimo Walter Charmot, se dirigía a mi cuarto; de seguro habría olvidado comentarme algo. Dispuse rápidamente las hojas bajo la almohada y atendí.

Lo importante que recuerdo de aquella conversación fue que había venido a ponerme al corriente sobre la suerte de Stanley: el director de nuestra película estaba retrasado una semana. Dada esa circunstancia yo seguiría disfrutando de la estadía mientras aguardábamos su llegada.

Apenas se marchó Walter, continué…

Día 17
El agua, ya no es problema, un diminuto pero eficaz hilo de agua brota desde un riacho y asciende hasta un grupo de rocas distante unos

doscientos metros de nuestro vivaque. Claro, no podría ser de otro modo, el agua sube, aquí todo ocurre en sentido inverso. Los únicos vestigios de humanidad que hallamos en toda la isla son tres botellas vacías; aprovechando este oleaje contradictorio a las leyes físicas, arrojaré la primera mañana con las anotaciones de este diario personal, con la rogada intención de que nuestro mensaje llegue a buenas manos.

Día 18
Aquí expondré nuestro testimonio…

Quien les escribe, Doctor en arqueología, Enrique Sánchez Toledo, junto a mi amigo y piloto augusto Sotomayor; ambos oriundos de la Ciudad de México D.C., llevamos casi veinte días extraviados, sin la posibilidad cierta de saber el sitio exacto en el que nos encontramos. Como sugerí antes, he de suponer que estamos ubicados en alguna pequeña isla de los Cayos de la Florida; aunque no poseemos certeza de esto ultimo; y a decir verdad absoluta, certeza de nada. Pareciera haber ocurrido algo extraño con el tiempo; mi reloj, el de Augusto, e incluso el del avión corren hacia atrás. El sol, las constelaciones, el universo entero transita en reversa; desde los seres más pequeños, como las aves, hasta la inmensidad del mar obedecen a estas manifestaciones físicas de igual modo.

Ayer comprobamos otra revelación extraña de la naturaleza adversa; hasta el mismo Newton sería incapaz de explicarla si viviera, en consecuencia jamás podría haber encontrado inspiración en esta isla para enunciar su ley de gravedad, ya que los dos pudimos observar cómo un plátano extremadamente maduro, que yacía en el suelo, ascendía en línea recta hasta colocarse en el preciso sitio donde había nacido en la planta, claro está, cuando todo funcionaba en el sentido correcto.

No hemos visto ni oído ningún avión de línea, ni de otro tipo surcar estos cielos. Montamos guardias de observación en el horizonte marino con la ayuda de prismáticos, con el objeto de divisar algún navío en estas aguas; ha sido en vano.

En un intento desesperado por encontrar algún sentido de ubicación geográfica, puedo mencionar apenas algunos datos, nada precisos. Volamos diez horas en total, tres horas de más que nuestro tiempo calculado de vuelo. Hasta la hora seis todo fue normal. De haber virado al norte inconscientemente nos hallaríamos en alguna pequeña isla del mar de Sargazos, en cambio descarto por completo un vuelo con destino sur, ya que, de ser así, estaríamos en Caracas, Venezuela. Un rumbo este no sería nada halagüeño, pues seríamos los únicos habitantes de algún pequeño escombro en el medio del vasto Atlántico.

Arrojamos esta botella al mar con la esperanza de un rescate. ¡Y que Dios se apiade de nosotros! In god we trust!

Había bebido media botella de vino cuando me dispuse a romper aquel otro envase que aguardaba bajo la almohada. Me moví con rapidez y utilicé el mismo procedimiento para abrirla; luego resolví cómo deshacerme de todos esos vidrios rotos al día siguiente, pero en ese instante mis deseos se nutrieron con la intriga de saber más sobre la suerte de aquellos hombres.

Debo reconocer que mientras leía estuve a punto de arrojar todo a la basura, supuse que estaba siendo objeto de alguna broma pesada; burlones abundan en el mundo entero y no había motivos para pensar que en esa diminuta isla no los había. Pensé en Charmot como autor intelectual de semejante travesura, aunque no era una característica de su carácter, por lo que sabía. A la vista él no poseía ni pizca de un humor tan burdo. Las sospechas que en algún momento barajé sobre Charmot se basaron en su insistencia en que yo disfrutara de la playa. Luego de otro sorbo de vino, y tal vez más reflexivo, comencé a tener en cuenta con cierta seriedad la posibilidad de que había algo raro.

Me volqué en la cama, arrimé un poco más la luz de la pequeña lámpara de leer junto a la mesa de noche, bebí un gran sorbo de vino; la bebida nunca fue mi fuerte, pero la ansiedad me lo exigía. Y leí…

Diario del Doctor Enrique Sánchez Toledo
Día 22
Después de no haber tocado el diario por cuatro días, he imaginando el buen destino de nuestra botella arrojada al mar; me doy aliento a continuar esta escritura, con la resquebrajada esperanza de que sirva para algo; al menos si no para salvar nuestras vidas, la consecuencia sea que nadie más pase por esto.

Aquí nada ha cambiado. Ya nos acostumbramos a no proyectar sombra; este hecho me induce a pensar que de alguna manera no somos parte de esta realidad extraña, y eso me alegra un tanto. Augusto está algo animado y se aboca de lleno a la construcción de una choza; de gran ayuda fue tener palas, machetes, sogas y demás herramientas en el baúl del avión. Ya no soportamos dormir en las cuchetas de la aeronave, nos provoca mareos indeseables el oleaje nocturno.

El hecho de haber encontrado esas misteriosas botellas nos llevó a registrar la isla de palmo a palmo en estos cuatro días anteriores. No hemos visualizado ningún objeto más, ni puntas de flechas, ni construcciones abandonadas, ni nada que delate una antigua presencia humana en el terreno.

La deducción que hago me lleva a pensar que las botellas han sido traídas por el oleaje, ya que las hemos encontrado a escasos veinte metros de la costa.

Día 23
La bruma verdosa persiste en el horizonte. La radio no arroja esperanza alguna y la hemos desechado por completo de nuestras pruebas cotidianas. La brújula inserta en el panel de controles de la avioneta sigue girando sin parar desde las últimas horas de vuelo. Hace veintitrés días que gira; nuestra diversión radica en apostar por nada sobre el momento en que se detenga. La vivienda va tomando un aspecto aceptable.

Por alguna razón que escapa a mi comprensión, deduje que nuestra presencia ha sido el desencadenante de la anomalía temporal. He estado meditando al respecto e indagando en mi memoria sobre los primeros días. Con nuestra llegada, comenzaron las extrañas luces y recién al cabo de los trece días de nuestra permanencia en la isla el tiempo comenzó a manifestarse en sentido opuesto y a contraerse con respecto a su duración. Todo el siguiente razonamiento escapa por supuesto a una explicación científica rigurosa del caso, es simplemente una mera contribución observacional de los fenómenos (para quien lea estas notas) con el objeto de brindar un informe más detallado de semejante extrañeza. De alguna manera es como si nuestra permanencia en la isla suministrara una energía de vida o una justificación para que se desarrolle el fenómeno.

Día 24
Hartos de comer frutas, nos disponemos a la construcción de una red, con lianas secas. Abundan los peces.

Día 25
La pesca fue buena. La choza está terminada. Pero los inconvenientes se atropellan para presentarse ante nosotros. Las ramas de nuestra vivienda están reverdeciendo. La red, luego de poco tiempo, estimo, no servirá más, cada momento va perdiendo firmeza a medida que las lianas se llenan de savia y se hacen jóvenes en el tejido. Es difícil vivir con estas leyes físicas.

Día 26
Debemos comer el pescado crudo, pues el fuego es imposible encenderlo, la combustión no se produce hacia atrás en el tiempo. Hemos tirado la red de pesca, era ya una suerte de baba repleta de savia, será mejor que la regresemos a sus árboles originarios para no quebrantar este ecosistema tan particular.

Cada día marcado en el diario equivale a tres días de la isla, me resisto a declinar ante los cambios impuestos por la naturaleza caprichosa del lugar.

Día 27
Augusto me pidió escribir algo en el diario para su familia, mañana escribirá él. Me sorprendió sobremanera ver como de la boca de una diminuta iguana salía un grillo, para luego huir entre la maleza; el mundo bajo estas circunstancias es difícil intelectualizarlo hasta en esos pequeños acontecimientos. Llegaron nubes blancas como algodones del Este, al rato brotaba agua desde el suelo, las gotas ascendían e iban tiñendo aquellas nubes claras en oscuros mantos cargados de agua. Luego se marcharon. Desde el suelo, que ahora ocupa nuestra vivienda, también brotaba agua, mientras el piso permanecía seco por completo, el interior del techo estaba empapado.

Día 28
Soy Augusto, escribo esto por si alguno lo encuentra por ahí, le mando un fuerte abrazo de mi parte a mi mujer Carolina y a mi amada hijita Consuelo, las amo mucho, las extraño, ya veremos con el profesor cómo diablos hacemos para salir de acá, bueno, las amo, adiós, Augusto.

Día 29
Fue una experiencia única ver llover desde la tierra al cielo, pero me atemoriza pensar en la idea de una tormenta eléctrica. Me pregunto: ¿cuál sería el efecto provocado por nuestra presencia en un sitio donde las leyes físicas discurren en un sentido opuesto al que nos movemos nosotros? Aún no visualizo esos alcances, pero tarde o temprano se verá el efecto en alguna parte. ¿Y que consecuencias traerá aparejadas esas acciones sencillas? Como la de comer un fruto, cortar una rama o simplemente mover ciertos objetos de lugar; justamente en un terreno donde nunca tendríamos que haber existido. Deduzco que bajo estas circunstancias nuestras vidas son agentes directos de transformación del medio, sólo que con la preocupante deducción de no vislumbrar la envergadura de esos cambios que afectarán el pasado, no el futuro.

Día 30
Con mi amigo hemos tomado una decisión. Nos abocaremos en los sucesivos días a la construcción de una balsa, las palmeras y las sogas que poseemos de seguro nos brindarán una buena contingencia de éxito con la embarcación. Apenas será una incursión con destino al manto verdoso que se ciñe en el horizonte. Aún dudo sobre la consistencia de esa bruma y sus efectos, pero es difícil la permanencia aquí, con aquella posibilidad latente aún sin experimentar de un escape de la isla. No arriesgaremos el hidroavión, lo dejaremos anclado sobre la costa. Con cuarenta litros de combustible no nos alcanza para ir y volver aún deslizándonos sobre el agua sin intención de volar.

Llevaremos los dos bidones llenos de agua potable y una buena

cantidad de frutos, también algunos peces. La última botella, la llevaré con nosotros, quizá si logramos huir nos sirva para algo, tal vez para un mensaje final.

Estimo será un viaje de no más de cinco kilómetros y en el peor de los casos, otros cinco para el regreso, si acaso no logramos atravesar la maldita barrera. Al menos lo intentaremos.

Día 31
Se cumplió un mes desde nuestra llegada, hemos perdido peso corporal, aunque estamos bien de salud, nuestra dieta baja en calorías y grasas muestran su eficacia reductora. Debo arrojar la segunda botella, aún nos queda otra más. Augusto se muestra insistente con que envíe este mensaje para su familia, el pobre se ha tomado tan a pecho esta posibilidad remota que la interpreta como un despacho urgente por correo, sin siquiera barajar la posibilidad de un destino errado y la deriva por años de los mensajes. Esto último no se lo diré.

Repito, por si esta botella tiene mejor suerte; somos dos personas que se han extraviado en…

La siguiente página era reiterativa, ofrecía un racconto de los primeros días y datos de probable ubicación idénticos a los mencionados en el primer mensaje.

Esa noche, entre el vino que no acostumbraba a beber y esas notas venidas del mar; desembocó en una madrugada calamitosa.

A la mañana siguiente decidí que era demasiado enorme el secreto para morir en mí. Luego del desayuno marché resuelto hacia el despacho de Charmot, con la clara convicción de compartir con alguien aquel descubrimiento y la carga emotiva que provocaba el desamparo de esas dos personas.

Mi fraternal Walter quedó absorto ante esas letras y, al igual que me había ocurrido a mí, una sombra de tristeza le abrumó el rostro. A decir verdad noté que apenas pasó su vista por las escrituras sin profundizar demasiado en ellas. Me sugirió que hiciera copias, se las dejara en su escritorio y conservara los originales para mí. Yo no hice comentario al respecto y desde ese entonces Charmot se mantuvo distante de mí debido al caudal de sus ocupaciones.

A pesar de los recursos económicos con los que él contaba, resultaba inútil una búsqueda por aire o mar poseyendo datos tan imperfectos, y mucho más inverosímil era poner en práctica una titánica búsqueda después de quince años de lo acontecido. Por eso ni le mencioné la idea.

Durante esa semana recorrí palmo a palmo cada sector de la playa; faltaba la tercer botella que el manuscrito mencionaba y ésta

no aparecía.

A partir de aquí los sucesos se tornaron oscuros. El señor Stanley se apersonó en esos días y tras una extensa reunión a solas con Charmot, de la cual no participé, tomaron una decisión. Con posterioridad me enteré de los resultados de la charla. Mi novela había sido reemplazada por aquella otra historia, la de las botellas, que sería el argumento del nuevo film dirigido por Stanley. Recibí un pedido de disculpas por parte de Charmot. Argumentó que era un producto fácil de comercializar, razonamiento que no me resultó difícil adivinar como original de Stanley, que era el entendido en la materia.

Mi presencia ya no tenía motivo, me despedí con saludos poco efusivos. Continuaba molesto por la ilusión que me habían arrebatado, de una manera tan abrupta y repentina que no me permitía ningún tipo de disimulo de mi estado de ánimo.

Había despachado el equipaje en la zona de embarque del aeropuerto de Kemps Bay, donde abordaría un pequeño charter con destino a México, desde donde regresaría a mi país de origen, Argentina. Claro que la travesía acontecería sin encanto alguno, la recorrería mordiendo el polvo de la derrota y el fracaso. Había sido bello soñar un mundo de estrellas, pero no podía quejarme, era injusto hacerlo. No muy lejos de allí otros dos hombres habían vivido, o con mucha suerte vivían (no me atrevía a aseverarlo) una realidad mucho peor a la mía, la soledad y la prisión de un aislamiento no deseado. Una libertad tan enorme que la imaginé un claustro demencial, con fronteras naturales del abismal océano y a merced de un destino incierto. En aquel momento no dejaba de preguntarme sobre la travesía en la balsa. ¿Qué habría sucedido? ¿Estarían de regreso en su isla fantasmagórica con el fracaso a cuestas o habrían logrado atravesar la bruma?

Aún faltaban cuatro horas para el vuelo, decidí dar un paseo por los alrededores, recorriendo algo del pequeño y pintoresco poblado de Kemps Bay.

Luego de una hora de caminata me detuve en un típico bar céntrico. Se notaba a la ligera ser el más popular y asistido del lugar. Pedí una comida sencilla y un aperitivo. Junto a la mesa que escogí, dos lugareños conversaban animosamente sobre la pobre y estática economía de la isla. Yo dominaba fluidamente el idioma inglés, por lo cual no me fue nada difícil seguir la trama de una conversación ajena, pero interesante.

El más joven de ellos se preguntaba quejosamente qué debía hacer para resolver su cuestión económica; hablaba de un crédito

que le habían otorgado y el problema de las plantaciones, que ese año no redituaban lo necesario para cubrir las obligaciones contraídas. El más viejo apenas lo interrumpió; con el afán de darle ánimo recreó a modo de ejemplo lo errante y cambiante del destino. El joven dejó que el otro hablara y ése fue mi castigo o mi bendición; no termina de estar claro aún. Con el tiempo descubriré el paño que obstaculiza el uso de mi balanza personal para ponderar esa suerte. O tal vez no lo haga nunca.

El viejo se quejó por espacio de al menos diez minutos sobre la injusta reputación que se le daba a su oficio de cartógrafo, que por esos días se consideraba más una excentricidad de hobbista que un oficio digno de valoración. Maldijo a las computadoras, la tecnología de la nueva era y auguró tempestades de oprobios para toda forma de adelantos técnicos del mundo, haciéndolos directamente responsables de la falta de trabajo y la desaparición de muchas ocupaciones laborales, incluida, obviamente, la suya.

Mientras disfrutaba del almuerzo no dejaba de prestar atención a esa charla de dos extraños que ni miras tenían de cuidarse en sus modos.

Allí fue cuando el anciano relató su giro personal en la danza de la fortuna, con el cual el destino lo había gratificado. Estoy seguro que lo hizo con el único objeto de levantar la moral del joven. Le contó que, diez días atrás, un tal Marcos se le había presentado como empleado de la mansión Charmot, con un encargue por demás extraño. Debía escribir unos apuntes en hojas tipo papiro, asemejándolos a escritos antiguos. El texto que le traía debía copiarse textualmente sin el agregado ni omisión de ninguna palabra, tal como se lo leía en los apuntes de un tal Stanley. Además, debía separarlo e introducirlo en dos botellas con un cierre especial, que también se detallaba en la nota.

El viejo comentó que apenas pagó unas monedas por la confección de dos botellas artesanales de la mano de un tal Colins. Éste trabajaba el vidrio de manera soberbia y los domingos vendía sus chucherías de cristal en la feria artesanal del poblado.

El anciano, entusiasmado con su historia, relató también que el tonto de Colins casi había arruinado el encargue. El artesano acostumbraba colocar su sello de marca en el vidrio fundido y eso mismo había hecho. En la base de las botellas se leía *Colins Inc*. El joven miraba perplejo el rostro de felicidad del anciano. El viejo le contó que el pago por aquel trabajo lo mantendría por dos años sin problemas monetarios; no sólo por el trabajo, sino por su discreción en el asunto.

El cartógrafo continuó su relato, exaltado y ajeno a la escucha disimulada que un turista como yo le otorgaba a los pormenores de la charla. El anciano agregó, entusiasmado y dándose corte de ello, que había pisado la fastuosa mansión por primera vez en su vida. Debió presentar el trabajo personalmente, y así fue como conoció a Charmot en persona. El millonario había notado los sellos grabados de *Colins Inc* en el vidrio, pero ya era tarde para corregir el error. Así que, un tanto ofuscado por esa torpeza, le ordenó al viejo que esa misma noche depositara las botellas en su playa privada, a la orilla del mar.

Mi comida ya no pasaba por mi boca, ahí mismo en la mesa de un modesto café de Kemps Bay comprendí, para ser más exacto, aprendí, que los millonarios también se equivocan, a diferencia de lo que pensaba antes, sólo que poseen el recurso económico para disimular sus errores y de ese modo no permiten ser descubiertos.

El film de Stanley sobre los manuscritos de las botellas tuvo un mediano éxito comercial. Luego de un año de filmación y una campaña de marketing de importante envergadura no podía pedirse menos. La cuestión que más lamento es haber sido utilizado tan vilmente por alguien que consideraba un amigo. Fui aludido de manera indirecta en la campaña de lanzamiento del film, cuando el director de la película, de seguro autorizado por Charmot, manifestó ante los medios que los manuscritos en los que se basaba la obra habían sido encontrados por un escritor en las playas de Andros y que el film estaba basado en un hecho real.

Ellos lo ignoran, pero yo tengo una visión distinta de los acontecimientos.

Lo que ambos desconocen, me refiero a mi ex amigo Charmot y el señor Stanley, es que las botellas halladas en la playa aquel día no tenían ninguna inscripción y también ignoran lo mejor: su infantil película sobre la búsqueda de un tesoro pirata y los pergaminos de un loco nada tiene en común con el argumento de los manuscritos que guardo en mi poder.

La marea alta de la noche debió arrastrar al mar profundo las botellas fraudulentas, mientras el destino quiso que aparecieran unas verdaderas. La casualidad es una opción más en el abanico de posibilidades con las cuales el destino ventila las suertes.

Más tarde comprendí que las copias que Charmot me solicitó esa mañana las debe haber arrojado a un cesto de basura sin leerlas, ya que sólo las necesitaba como excusa para justificar el cambio de libreto de la película. Un error del genio millonario. Si las hubiera leído… ¿Quién sabe? Todo hubiese resultado distinto.

También ignoran una cuestión mayor. Aquella tarde no abordé el avión hacia México; a cambio de ello renté una habitación en un pequeño hotel del centro de Kemps bay, con un único objetivo: encontrar la tercera botella mencionada en los escritos. Patrullé a pie durante algunos días la playa. Una mañana la encontré.

Hoy rememoro, en imágenes desordenadas por el paso del tiempo, las postales de aquellos días. Ya han pasado seis años desde los hechos en la casa de Charmot y algo más de veinte del extravío de los dos hombres.

Es tres de febrero del año dos mil uno (al menos eso creo). No es un día como los demás, es mi cumpleaños, y me encuentro en la más absoluta soledad. Mi vida ha cambiado drásticamente desde entonces. Un descreimiento supremo hacia la sociedad y sus miserias cotidianas terminó por asquear mi espíritu. Me he recluido por voluntad propia y para satisfacción de mi sentido de justicia.

Mientras acabo de escribir estas hojas, me pierdo en un paisaje privilegiado tras la pequeña ventana de la casa, que, por cierto, más de uno envidiaría.

El último envase que hallé en la remota mañana de Kemps Bay estaba vacío. Lo conservé todo este tiempo con el debido respeto. Ahora soy yo quien arroja al mar de las suertes el mensaje con mi historia, sujeto a la intención de un destino romántico y no como una necesidad de rescate. Después de todo no estoy tan mal, lejos de los vicios de una sociedad injusta y mentirosa. Permanezco descontando días en un almanaque imaginario y los restos de dos niños náufragos, sentados a la mesa, me hacen eterna compañía en un día, para mí, tan especial.

Daniel Grau

Nos cuenta el autor sobre sí mismo: Mi nombre Daniel Grau, 40 años, nací un 3 de febrero de 1962 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Cursé estudios en Ciencias Exactas, específicamente en Ciencias Químicas. Ése soy yo. El que escribe cuentos es alguien del cual no tengo demasiadas referencias, sólo puedo aventurar que es un ser al que le he dado licencia para soñar, imaginar y portarse mal, todo esto bajo el resguardo de mi integridad física. Ha escrito cerca de cuarenta cuentos y se debate en estos momentos en la maraña de una seudonovela. Se encuentra cursando un taller de narrativa y compulsivamente intenta limar las asperezas de una prosa rudimentaria a puro esfuerzo y sacrificio. Las horas de soledad de las cuales se nutre frente al teclado son producto de su cuestión privada y personal, yo sólo me remito a observarlo sin intromisiones y le presto un nombre y una identidad. Con el tiempo quizá vea qué ha hecho ese ente perverso dentro de un universo de ceros y unos,

para recién allí poder ponderar la verdadera imagen de lo que ha creado dentro de esa libertad que le he otorgado. Espero sea una aceptable imagen y no un vano espejismo crepuscular.

Axxón 121 - diciembre de 2002
Ilustrado por Valeria Uccelli

Encuentro con John

Juan Pablo Luppi

Nahuel volvía a su casa después de cursar en la facultad, la quijada dura de tanto hacer *face* frente a las minitas. Subió al colectivo, pagó el boleto, y se encontró frente a frente con John Lennon. Lo miró tanto como se lo permitió la educación. No cabía duda alguna: estaba ahí, recién salido de "Imagine".

Lo volvió a mirar para asegurarse: no era un tipo parecido a Lennon, no un fanático atrasado del *peace and love*. Era decididamente él, con sus anteojitos redondos, el pelo medianamente largo, cara de bueno, miope y despistado. Silbaba con descuido una canción que Nahuel apenas reconoció. Era vieja. ¿De los Rolling?

Pensó en hablarle, preguntar alguna cosa. El pobre tipo parecía desamparado; era evidente que entendía poco y nada del porteño apresurado que se hablaba en el colectivo. Se liberó un asiento y Nahuel se sentó. Se arregló apenas el pelo y enderezó las solapas de su campera de ski, usando la ventanilla como espejo. Nahuel había estado en Nueva York, así que podía usar su inglés rudimentario y preguntarle… ¿qué? "¿Es usted John Lennon?" Claro que era él. Entonces: "¿Qué hace aquí? ¿Qué le vio a…?"

¿Cómo se llamaba la mina? Una china…

Descubrió que no sabía demasiado del tipo. Pacifista. El signo ese de la paz, que de dónde habrá salido, qué carajo tiene que ver Volkswagen. Yoko Ono, se llamaba Yoko Ono. Y estaban cuando Vietnam. No, ése era el de los Doors, no éste ¿o sí? Bah, que se fuera a la mierda. Nahuel sacó su discman, se colocó los auriculares, y puso un disco de Maná.

Ahora el tipo lo miraba a él. No, al discman. El tipo miraba el discman, fascinado. ¿Habría llegado ayer al mundo? Capaz que nunca había visto uno tan copado como ése, con ecualizador de doce bandas y refuerzo de graves. Lo había traído de Miami, y había costado lo suyo. Aunque menos que las Nike, esas que ya no usaba porque habían pasado de moda. Vietnam. Capaz que nunca había visto un discman, y punto.

Lennon se sentó a su lado. Era pacifista ¿no? Entonces le preguntaba sobre la guerra en Israel, o sobre Bosnia. Mejor no: a ver si tenía que explicarle. Nahuel no tenía idea de dónde estaba Bosnia, o de cuáles países peleaban en Medio Oriente.

Permaneció quieto, mirando por la ventanilla. Autos. Obreros

volviendo a sus casas. Un accidente, un muerto. Menos mal que no había seguido medicina. A su lado, el Beatle tarareaba algo.

Bajaron los dos en la misma parada. Caminaron juntos hasta la esquina y allí Lennon dobló rápido, como huyendo. Nahuel miró alrededor: no había nadie.

—¡Mister Lennon! —llamó Nahuel.

Le apuntó con el índice, con el pulgar simulando el percutor. ¡Bang!

Lennon cayó hacia atrás, con los miembros fláccidos. Quedó apoyado a medias contra una pared, tapándose el pecho con la mano. Alzó la mirada hacia Nahuel.

—*That´s no fun, boy* —dijo, y comenzó a incorporarse. Se enderezó los anteojos y se alejó, manchando la vereda.

Nahuel volvió a su casa despacio. No, no había sido divertido. Después de cenar, hojeó distraídamente la revista del cable. Hizo zapping media hora y se fue a dormir.

Juan Pablo Luppi

Nació en San Nicolás, Provincia de Buenos Aires, Argentina, en 1971. Es Licenciado en Biología y considera que por eso se siente poco inclinado a escribir ciencia ficción, aunque le encanta leerla. Ha publicado dos cuentos en Axxón: Mañana", en el número 50, y "El Fantasma" en el número 53. Fue galardonado con el Diploma de Honor por el cuento "El Quetán" en el concurso literario "Te cuento tus Derechos", organizado por Amnistía Internacional Argentina. Este cuento pertenece a una "serie" que, por ahora, se llama "Aguavivas porteñas".

La traslación

Juan Pablo Luppi

No es que Arturo fuera una de esas personas que gusta de llevar la contraria. No fue por eso que permaneció tranquilo durante la catástrofe, o que luego se mostró descontento con un final en apariencia satisfactorio para el resto del mundo. Y aunque fueron pocos, varios reaccionaron como él.

—Me voy —le dijo a su madre antes de salir hacia el trabajo. La mañana estaba realmente espléndida y mientras más caminaba, menos ganas sentía de llegar. Arturo trabajaba en una fábrica de mostaza, donde al parecer su título de técnico químico lo habilitaba solamente para trasladar cajas de cartón de un lugar a otro, y armarlas para su uso al final de la línea de montaje. Trabajaba como un esclavo por un sueldo que día a día valía menos, y sólo la inercia lo hacía continuar allí.

La oscuridad de sus pensamientos estaba por opacar el brillo del sol cuando se oyó el primer grito.

—¡Me voy! ¡Me voy! —gritaba con desesperación una mujer.

(Años más tarde, Arturo comentaría que las catástrofes siempre se anuncian con gritos femeninos.)

La dueña de la voz estaba de pie en una esquina, a escasos metros de Arturo. “¡Me voy, me voy!”, seguía gritando.

Y todos a su alrededor se daban cuenta de que se iba, pero nada podían hacer: el cuerpo de la mujer se estaba desvaneciendo progresivamente, como un halo de vapor abandonando un vidrio. La voz se fue apagando, hasta que sólo hubo un grupo de curiosos que observaba un espacio vacío. Algunos, frente a esa situación un tanto ridícula, sólo atinaron a retirarse. Otros aplaudieron, esperando que la mujer reapareciera. Nadie dijo nada: nada había para decir. Arturo siguió camino.

No avanzó demasiado: dos cuadras más adelante un edificio de varios pisos estaba desapareciendo, como si un gusano invisible se lo fuera tragando de arriba hacia abajo, haciéndolo invisible también. A su lado, un hombre comenzó a gritar: “Me voy, me voy”, mientras se miraba las manos, que pasaban de traslúcidas a transparentes y luego a no existir.

Segundos después, el caos a su alrededor era completo. Muchos vecinos caían de rodillas, pensando que había llegado el Juicio Final y rogando al cielo para ser absueltos en lugar de disueltos. Perros,

faroles, zonas enteras de empedrado, más y más personas se unían a las huestes de la nada y de pronto el sol se apagó.

La electricidad debía estar cortada también, por que no se encendió ninguna luz. Por unos instantes no se pudo ver, tan sólo oír por todas partes los consabidos gritos de la gente que se "iba". Luego los ojos se acostumbraron a la luz de las estrellas, que era algo así como la idea de una luz. Arturo se quedó quieto. Los gritos eran cada vez más dispersos. El suelo dejó de sostenerlo y Arturo se sintió flotar en la oscuridad. Parecía que no había ya nadie, que él era el último. Comenzó a sentir un hormigueo en la piel. "Me voy", murmuró, pero nadie escuchaba.

Realmente daba la sensación de que se movía, de que estaba pasando de un lugar a otro. Fue como aplastarse lentamente contra una membrana de látex que cediera y luego lo fuera apresando, englobando y finalmente, con un ¡pop!, lo dejara ir.

Del otro lado, lo cegó la luz del sol. Cerró los ojos y esperó unos segundos antes de abrirlos lentamente.

Todo estaba igual. Todo seguía malditamente igual: la misma calle, la misma gente, el mismo hermoso día. No es que no hubiera pasado nada: todavía quedaban corrillos en las esquinas y muchas personas conservaban una expresión de extrañeza. Pero por lo demás, todo seguía exactamente igual. Un colectivo se detuvo a unos metros de Arturo, subieron tres personas y se alejó por la calle. Parecía que lo sucedido era demasiado embarazoso como para admitir que había sucedido. Por un instante consideró la paranoica idea de se el único excluido de un pacto de silencio.

Arturo siguió caminando hasta la fábrica. Le mostró su credencial al guardia y marchó hacia su sección. Había llegado tarde pero el capataz no dijo nada, sólo lo miró mientras Arturo insertaba su tarjeta en el reloj.

Sobre el escritorio del capataz había un diario. Había asumido un nuevo ministro de economía. El gobierno implementaba un nuevo programa de ayuda para los pobres. Una actriz de segunda se había puesto siliconas en los pechos.

Nadie había ido a ningún lado.

—Me voy —dijo Arturo.

Dio media vuelta, y se fue.

Juan Pablo Luppi

Nació en San Nicolás, Provincia de Buenos Aires, Argentina, en 1971. Es Licenciado en Biología y considera que por eso se siente poco inclinado a escribir ciencia ficción, aunque le encanta leerla. Ha publicado dos cuentos en Axxón: Mañana", en el número 50, y "El Fantasma" en el número 53. Fue galardonado con el Diploma de Honor por el cuento "El

Quetán" en el concurso literario "Te cuento tus Derechos", organizado por Amnistía Internacional Argentina. Este cuento pertenece a una "serie" que, por ahora, se llama "Aguavivas porteñas".

Axxón 121 - Diciembre de 2002

Andernow

Waquero

Aún recuerdo cuando entregué mi primer Andernow en un diskette de 3 ½. Hoy termina una etapa; grandes y valiosos recuerdos quedarán para siempre en mi historia y en la historia de Axxón y ahora…

WAQUERO - Pocas veces en la historia de Andernow he sentido tanto orgullo y tanta alegría como en este glorioso número de Axxón. Nos vestimos de etiqueta para hacer el siguiente anuncio: Al Ander le ha nacido un hermano; un hermano Europeo que a través de este mismo espacio estarán avenidos como siempre lo han sido, la Argentina con España. De esta unión nace el Americander (El Ander de América y el Eurander, el Ander de Europa…) Y el responsable de estas nuevas sección es mi gran amigo Baldor… ¡¡BIENVENIDO BALDOR!!

BALDOR -Gracias Waquero. ¿Qué puedo decir? Sólo que es un inmenso honor poder contribuir al Ander y a Axxón. Espero que el nuevo Eurander sepa estar a la altura. Resulta particularmente alentador estar en tan ilustre compañía como sois tú mismo, la Strega, Moony y….

AMERICANDER, by Waquero

Teatro de Revistas

GUANACO - ¡¡¡¡MOOOOOOOMENTO!!!! ¡Que alguien me explique qué está pasando!

WAQUERO -Uff… Bueno. Esperaba que este encuentro llegara lo más tarde posible pero, en fin: Baldor… Te presento a Guanaco.

BALDOR - ¡¡¡GUANACO!!! Estaba deseando conocerte en… bueno, en persona.

GUANACO - Se, se… Mucho gusto… Waquerito ¿Podemos hablar un minuto? ¿Qué es esta invasión? ¿De dónde conocés a este tipo? ¿Qué hace en mi Andernow?

WAQUERO - Primero, no es ninguna invasión. El Ander de acá no se llama más Ander, se llama Americander. Dos: este “tipo” es un gran amigo mío, y tercero y fundamental, el Ander NUNCA fue tuyo.

GUANACO -Se, se… ¿Pero quiere decir que no compartimos la sección sino que son dos cosas distintas?

WAQUERO -Exacto. Baldor se encargara de las novedades de Europa y nosotros las de América.

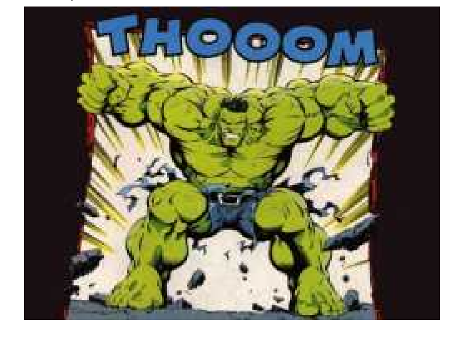
GUANACO - Mmmmm… No me gusta, esto no me gusta.

WAQUERO -¿No? Qué pena, tal vez te guste el amigo de Baldor…

Agent-X

Se ha confirmado recientemente el adiós de Gail Simone de Agent-X por sus continuas disputas con el editor Andrew Lys, lo cual deja la serie en un estado al menos preocupante.
Y eso no es todo, ya que no es la única serie-X de las relanzadas con otro título que está en problemas, ya que el equipo creativo que está detrás de Soldier-X (la antigua Cable), es decir, Darko Macan e Igor Kordey, han confirmado que al parecer la serie acabará con el número 8. Ambos creadores se muestran contrariados ya que, según comentan, ahora le habían tomado la mano al personaje y habían arreglado muchas incoherencias heredadas de anteriores guionistas. Hay que decir, además, que ambas series tuvieron bastante buen recibimiento por parte de la crítica.

Hulk/Wolverine



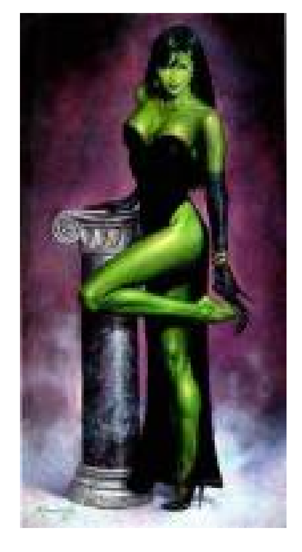


Francamente yo prefiero a La Señorita Hulk

6 hours es una nueva mini-serie que cruza las aventuras de estos dos personajes (hace poco pudimos ver otra realizada por Sam Kieth) con guiones de Bruce Jones, actual guionista de la serie del color esmeralda, y dibujos de Scott Kolins, si bien las portadas serán nada menos que de Simon Bisley. La historia, contada en tiempo real, empezará con un accidente aéreo en un bosque con unos pocos supervivientes, entre ellos, Bruce Banner, un joven bastante enfermo y un par de narcotraficantes. Luego, claro está, entra Wolverine en la historia.

Patrulla X

Hay un rumor con bastantes visos de ser cierto que dice que así es, ya que parece que Andrew Park podría dibujar una nueva serie regular de la Patrulla X que saldría a la venta poco después del estreno de la película X-Men 2. Esta nueva serie sería algo más parecido a la película, a fin de atraer a nuevos lectores a los que les haya podido interesar tras ver el filme.



Juegomanía



Imágenes sin estrenar de Impossible Creatures

Conocido como **Sigma** en sus comienzos y **Sigma: The Adventures of Rex Chance**, el juego de estrategia de Relic donde formas tus ejércitos mezclando partes de animales finalmente fue bautizado con el mucho más descriptivo nombre de **Impossible Creatures**.

Cincuenta animales diferentes podrán entremezclarse en más de 1500 unidades, muchas de las cuales probablemente sean inútiles más allá de su valor para la comedia y circos ambulantes.



El juego contará con 15 niveles diferentes, y seguramente será interesante en multiplayer dado el gran número de combinaciones animales que brindarán a su vez un igualmente impresionante número de estrategias posibles



Bikini Karate Babes

El sexo vende, los juegos de pelea también, entonces ¿Por qué no hacer un producto que junte ambas pasiones? Esta es la premisa que los desarrolladores de *Bikini Karate Babes* tomaron y aunque es una premisa que la gente de Tecmo hizo funcionar a la perfección, los muchachos de Creative Edge lamentablemente decidieron renunciar a toda clase de jugabilidad y proeza técnica y dedicarse a filmar chicas en bikini. Una noble empresa sin lugar a dudas, pero sólo para ellos.

Al Señor Miyagi se le secarían los ojos de tanto llorar al ver "Karate" en el título de este juego. El estilo de pelea de estas señoritas se aleja tanto del Daniel-San de pelea que llamarlo estilo ya es una exageración. Recuerda más bien a las olimpíadas especiales mezcladas con efectos especiales del show en vivo de Dragon Ball Z, todo bonitamente reproducido a con 5 cuadros de animación en total.

Voy a ser sincero, nadie esperaba gran cosa del motor de pelea del juego (si es que El Potro y la Dama de Hierro pueden ser considerados juegos), está claro desde el título que la estrella del show son las chicas, y con cuatro CDs llenos de video uno se imaginaría que hay bikini para tirar para arriba. Bueno, si siempre tuviste un fetiche especial con los legos estás de suerte, porque las chicas en el juego están formadas por varios bloques de pixeles tamaño familiar.



Bikini Karate Babes

Extrañamente la música intenta impartirle tonos épicos a este cocktail de carne, cosa que vista desde el absurdo por lo menos te hará esbozar la sonrisa que habías perdido segundos después de cargar el juego y acordarte de lo que pagaste por él. A este intento de epicidad se le suma una historia casi tan elaborada como las películas de Buttman, en donde malvadas mujeres en bikinis pretenden tomar por la fuerza un pacífico parque/isla.

Hay algunas pequeñas películas que ayudan a avanzar la historia del juego (y por ende contribuyen a hacer retroceder la evolución humana), que a diferencia de los gráficos del juego si tienen algo de calidad y presentan interesantes estudios sobre la anatomía humana. Aquí es el único lugar donde encontrarás superficies curvas que ni el motor de Doom III podrá reproducir.

Pero, y siempre hay un pero, aunque algunas de las chicas están realmente bien, en su mayoría parecen sacadas de películas porno brasileras.



Bikini Karate Babes

GUANACO - Perdón, ¿Falta mucho? No es por nada pero no tengo todo el tiempo del mundo…

WAQUERO - Calmate Guanaco… Este… ¿Baldor? A lo mejor tu amigo no quiere aparecer en este número…

BALDOR- Esto… puede que le haya surgido algún problemilla. Está muy ocupado con el trabajo, sus estudios, sus…

SORN -Hola a todos. Creo que me había… (uuuaaaahhhha) dormido.

BALDOR - Guanaco te presento a Sorn.

GUANACO - ¡¡¡¡Ahhhhhhhhh!!!!!! ¡¡¡¡¡Es un oso pardo, gordo, perezoso y cínico!!!!!!!!

WAQUERO - ¡Wow! Esa imagen te hiciste tan rápidamente de él, sobre todo lo de cínico.

SORN -Muy observador el nene. Anda Baldor, dale una galletita.

BALDOR -¡Pero Sorn! ¿Son esas las maneras correctas de tratar un colega?

SORN -No, pero atizarle de forma correcta supone demasiado esfuerzo.

GUANACO – Arrrrrgggggg ¿¡Lo escuchaste?! ¡Me amenazó, me amenazó!

WAQUERO - Bueno se ve que la convivencia entre ustedes va a ser entretenida.

BALDOR – Lo siento mucho, Waquero. ¡Mira que he estado toda la semana tratando de lograr que se comportara como es debido! En fin, espero que con el tiempo aprendan a llevarse bien.

VAYAMOS POR PARTES, FRANKIE

Capítulo 8 – Las marcas de Virginia

Me pidió que la acompañe al lago.

Tenía mis temores, pero como era la regata anual de la Conmemoración de la Russwell habría mucha gente… fui. Curioso, ya tengo la nota de interés para mi jefe ¿sucesos extraños o la regata? Será mejor que me incline por la regata.

Una pequeña multitud estaba feliz, en un estado aparentemente de éxtasis, tal vez ignorante de la ausencia de su representante de la ley.

Verónica se sumergió, esta vez con un ceñido traje de baño blanco. Por el reflejo de luz parecía desnuda y se desplazaba como una bella

sirena entre pequeños botes de media vela y barcazas de maderilla. Cuando salió corriendo alegremente a donde estaba nuestra mesa vi en su cuello marcas que parecían agallas. Luego de un examen mas detenido vi que sólo eran rasguños de ¿tal vez una noche de amor?

Varias veces traté de comentarle lo sucedido, pero ella deliberadamente esquivaba el tema.

—Ahora no Ted, luego… Luego.



Por el reflejo de luz parecía desnuda

Esa noche golpeó suavemente la puerta de mi cuarto y sin esperar invitación entró sigilosamente. Se sentó en el borde de mi cama con las piernas muy juntas y las manos sobre la falda. Sólo vestía una enagua blanca y parecía tiritar de frío. Me acerqué pero no respondió a mi reclamo. Le tomé la barbilla suavemente; su piel más blanca de lo normal estaba helada como la porcelana. La besé suavemente en los labios y la sensación de haber tocado hielo me abarcó de inmediato.

—¡No me toques! —chilló—. ¡Ya no!

Las palabras le salieron con dificultad, como si hubiese estado haciendo gárgaras de novocaína. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Al abrir su boca un agujero borravino me permitió ver que su lengua estaba seriamente lastimada, como mordida y sólo sujeta por un jirón de carne. Se escabulló de la habitación dejándome solo con el sonido de la lluvia.

Epílogo

A la mañana, después de despedirme de la señora Harris, volví a mi habitación.

Sólo conseguí pasaje en el recorrido de la noche, por ende permanecí en mi cuarto todo el día, levantándome ocasionalmente para apoyar mi oído sobre la pared delgada. Cerca de medianoche apoye el oído por ultima vez.

Oí un sonido como un gorgoteo acuoso.

Salí llevando mi maleta en la mano y toque a su puerta suavemente y finalmente la forcé apenas como para entreabrirla.

Virginia descansaba sobre su cama completamente desnuda, con su cuerpo cubierto de pequeños hoyuelos de los cuales brotaban minúsculos bracillos tentaculares como los de los calamares, que se movían independientemente, provocándole una fuente de placer inagotable cada vez que uno de esos tentáculos la tocaba. Una placa de costra se desprendía dejando ver la escamosa piel de Verónica.

Después de todo el señor Lagger no había logrado asesinarlo…

El verdadero amante de Verónica estaba en casa.

Cerré la puerta procurando no hacer ruido.

FIN



La Luna de Hueso

by La Strega

NOTA DEL EDITOR: este Ander (en el que se habla del Halloween) debía aparecer en el número 120, pero aparece retrasado por mi culpa. ¡Perdón Waquero, Baldor y lectores!

WAQUERO - Bueno, en esta sección te quiero presentar a su dueña, la Strega.

STREGA - Hola Baldor, bienvenido y que los espíritus de los bosques

te acompañen en tu andar.

BALDOR - Encantado. Soy un gran admirador de La Luna de Papel, pero… no podríamos dejar al espíritu del oso fuera de todo esto. <Es que ya tengo bastante con aguantar a diario al original.>

SORN - ¡TE HE OÍDO!

STREGA – <¿Tan buen oído tienen los osos?>

SORN – PERO SABÍA QUE NO PODÍA DEJAR PASAR DOS FRASES SIN CRITICARME.

BALDOR (…)

WAQUERO -Y ahora, Baldor, te presento a Moony…

MOONY - Miauuuuuuuu… ¡Qué guapo que sos, Baldor! Y… ¿Sos casado?

STREGA - MOONYYYY…

BALDOR - Eeeeehhhhh. Sorn, no. Hasta luego.

MOONY -Sí, hasta pronto…

STREGA - ¿Qué pasa, Moony, que no te terminaste de vestir? Te veo un poco desorientada ¿Puede ser que hoy no hayas hecho la tarea?

MOONY - Cielito siempre tengo tiempo para vos y mis “tareas”.

STREGA -¡MOONY! Hablo de la nota.

MOONY -Mirá, bombón, tengo siglos en esto, no hace falta que use mi apasionado tiempo en trabajar teniendo un montón de besos para vos… Escuchá: ” Hallow, que quiere decir santos, y E’en, que es una contracción del termino Even, que significa víspera; por lo tanto Hallowen, es la víspera del día de todos los santos y se celebra la noche del 31 de Octubre. ” ¿Qué tal?

STREGA -Mmmmm… Me parece que acá hay gata encerrada.

MOONY - ¡Uy! ¿Cómo adivinaste? Traje una amiguita. ¿No te molesta, no?

STREGA - Ehhhhhh… Bueno, si me esperan un ratito termino con… Moony… dejá de desvestirme… ¡Esto va estar de terror!



¿Qué pasa, Moony, que no te terminaste de vestir?

El Halloween que conocemos hoy comenzó hace mas de 3.000 años en Irlanda. Deriva de los ritos de los Druidas (sacerdotes de tribus llamadas Celtas) para celebrar el día que Saman, el dios de los muertos, invocaba a los malos espíritus a reunirse, la ultima noche del año, para examinar los acontecimientos del futuro.
A finales de octubre y a principios de noviembre los celtas celebraban lo que para ellos era la noche más importante de oración, ya que era el último día de la cosecha y el comienzo del invierno. Los celtas creían que en esa noche desaparecía la ventana que separaba el mundo de los vivos y el de los muertos. En la noche del 31 de octubre las almas de los muertos regresaban a visitar hogares terrenales. Se cuenta que los espíritus desmembrados que habían muerto durante el año anterior volvían en búsqueda de cuerpos vivos para poseer durante el siguiente año. Creían que era su única oportunidad de tener una vida después de la muerte. Los todavía-vivos que no querían ser poseídos apagan los fuegos de sus hogares, para hacer de ellos lugares fríos e indeseables. Se vestían con disfraces monstruosos y cabalgaban por sus barrios haciendo ruido, siendo lo más destructivos posible con la intención de asustar a los espíritus que buscaban cuerpos para poseer.



¡Uy! ¿Cómo adivinaste? Traje una amiguita. ¿No te molesta no?

Para mantener a estos espíritus contentos y alejar los malos espíritus de sus hogares los celtas dejaban comida o dulces fuera de sus hogares, una tradición que eventualmente se convirtió en lo que hoy llamamos truco o treta, donde los niños van de casa en casa pidiendo dulces. El miedo y el terror a la noche de Halloween vienen de esta creencia de que los muertos regresan en esta noche a visitarnos.



Después que los romanos conquistaron a los celtas, éstos influenciaron el mundo céltico con sus festivales a la diosa romana de la cosecha, Pamona, y más adelante con la llegada de los cristianos consideraron que los celtas adoraban al diablo, aunque el diablo nunca existió en la religión céltica, y determinaron que la manera de convertir a los celtas al cristianismo era adoptando el festival de los celtas y convertirlo en uno religioso. Así el 1 de

noviembre se convirtió en el día de Todos los Santos, un día de rezo para honrar a los santos. El 31 de octubre se convirtió en la víspera del día de Todos los Santos (all hallow's eve) y de aquí el nombre de Halloween.



Otras costumbres de influencia romana, que aun persisten, es el de divertirse con frutas; tal como pescar manzanas, con la boca en un recipiente con agua o el de formar caras grotescas en calabazas huecas, y encender veladoras en dentro de ellas.

La costumbre del **jack-o-lantern** (la calabaza tallada con una cara y encendida por dentro) viene probablemente del folclore irlandés. La historia dice que había un hombre llamado Jack que era conocido por ser un borracho y un bromista. Engañó a Satán para que se trepara a un árbol y rápidamente talló una cruz en el tronco, atrapando así al diablo en el árbol. Jack hizo un trato con el diablo. Le hizo prometer no tentarle nunca más y él le dejaría bajar del árbol. La leyenda dice que después de que Jack murió se le negó la entrada al cielo por ser un malvado. Pero también se le negó el acceso al infierno porque había engañado al diablo. Así que el diablo le dio una ascua para alumbrar su camino en la oscuridad. La ascua la guardó en un nabo vacío para que alumbrara más tiempo.



Los irlandeses utilizaban nabos como “Jack’s lanterns” (linternas de Jack) originalmente. Pero cuando los inmigrantes llegaron a los Estados Unidos se encontraron con que abundaban mucho más las calabazas que los nabos. Así que los jack-o-lantern en USA se convirtieron en calabazas vaciadas y encendidas con una vela. Ahora se dice que se ponen en las ventanas y afuera de las puertas para asustar a las brujas y los espíritus malos que salen la noche de Halloween.



La costumbre de Halloween la llevaron a los Estados Unidos los inmigrantes irlandeses que huían de la hambruna causada por la falta de papas en los años 1840. Para aquel entonces, las bromas preferidas eran tumbar las letrinas y dejar cercos y rejas abiertas para que se escapasen los animales. La costumbre de **trick-or-treat** (broma pesada o algo rico/bueno) se cree que originó de una costumbre europea del 9° siglo después de Cristo, llamado en inglés “souling”. El 2 de Noviembre, el Día de todos los muertos, los cristianos caminaban de aldea a aldea mendigando “soul cakes” (tartas de alma) hechos de pedazos cuadrados de pan y grosellas. Entre más “tartas de alma” recibieran los mendigos, más oraciones prometían decir por las almas de los familiares de los donantes. En esa época se creía que los muertos permanecían en el limbo por un tiempo después de haber muerto, y que las oraciones, hasta de desconocidos, podían acelerar el pasaje de un alma al cielo.



Actualmente se celebra, visitando las casas de los vecinos, exigiéndoles dulces, a cambio de no hacerles ningún daño o travesura, esto lo hacen vestidos, de brujos, diablos, muertos, monstruos, vampiros. Usualmente las bolsas que llevan tienen motivos de calabazas huecas, gatos negros, etc.

STREGA -Moony, esta noche de brujas tengo muchas ganas de disfrazarme de algo, pero no se me ocurre nada…

MOONY -¡¡¡Miauuu!!! A ver qué te parece esto…

STREGA -¡¡¡MMMM!!!!! Me encanta.



La Luna de Papel

Idiotismo by Miguel Ángel Sánchez Valderrama

El edificio es viejo. Estaba en el comedor, la chimenea estaba encendida. Una anciana con larga melena canosa y vestida de negro observaba por la ventana. Afuera nevaba. Copos de nieves. Como dibujaba en la infancia, copos de nieves, y el muñeco de nieve que sustenta una escoba y tiene bufanda roja. Estaba un tanto aterido de frío. La anciana era vecina de mi abuela, guardaba ciertos dibujos infantiles hechos por mí, yo no me acordaba, ella si se acordaba. Sí me acordaba que me llamaba mucho la atención el pozo, la polea con su ruido chirriante, el pozo realmente era inútil porque ahora van los grifos, las tuberías les llegan el agua, ya no hace falta el pozo, pero está ahí intacto, en medio del patio, una imagen muy bonita y muy poética. Muchas macetas, pobres plantas, la anciana dijo que es raro nevar, pero que las plantas soportan. En derredor los edificios son modernos, no tardará en derribar el viejo edificio, vendrán las máquinas a derribar el edificio, y especularán con el terreno, y el edificio en viejo polvo se convertirá. De pequeño, los viejos bares, llenos de borrachos, mi tío me llevaba a esos bares tan melancólicos, ahora esos bares no están, por normativa municipal, lo que se dice cumplir normas de higiene, se cerraron muchos bares y varios se reconvirtieron, ahora parecen como mesones o tabernas exageradamente limpios y muy modernizados y materiales de construcción de primera calidad. Los maestros de escuelas, tan orgullosos, no supieron controlar a los niños, no, siempre griterío y desorden, un compañero se dedicaba a coger lápices y gomas y sacapuntas de otros, un lío, fue el día en que mi tía decidió llevarme a una escuela infantil durante un día o dos junto a mis primos, mis primos se dedicaban a hacer travesuras, dos primos, como Zipi y Zape, el tebeo. No me adaptaba mucho a sus travesuras, pero me hacían reír y disfrutar más que los aburridos Zipi y Zape del tebeo. Y venían más niños, más primos, una prima, ah, la abuela, cuenta, la cigüeña viene de París, ha venido de París en el momento del nacimiento de mi prima, realmente era el momento en que empezaba a desconfiar de las mentiras de los mayores. ¿Venir de París?, ¿Tan lejos? ¿Y cuantas cigüeñas habría? O en Navidad, Papa Noel vendrá de la zona polar, traerá regalos, escriba cartas… pero me llevó a una profunda confusión: tendré que escribir dos cartas: una para los Reyes Magos y otra para Papa Noel. Los Reyes Magos, contaba, viene de Oriente, vio las estrellas, allá está el nacimiento de Jesús, y regalos. Los Reyes eran tres. Iban con sus camellos. Atravesando desiertos. Aburrimiento. Mientras tanto, qué mejor que aprovechar a los niños, por parte de los enseñantes para ser futuros idiotas, sí, no entendí absolutamente nada, a lo que se refería una persona, pero me puse a pensar, sí, en principio daban tortazos y castigaban a los niños y obligaban a leer la Biblia, y aquellos que

son más idiotas pues más palizas recibirían, sí, bueno, para mí esa persona tan “siniestra” que me contaba sobre la idiotez me desconcertaba por completo, lo mismo sería su cruel experiencia de idiota, les enseñaron a ser idiota. En pleno tiempos democráticos, pues imaginados en los tiempos de la dictadura de Franco, pero en tiempos democráticos, en la transición, aún castigaban y pegaban y si no son los profesores pues son los niños grandes. Luego la cosa se atemperaba un poco más, está prohibido pegar en los centros escolares, ahora resulta que son los maestros y profesores que reciben las palizas o de los niños o de los padres de los niños. Claro, ahora los enseñantes no pueden pegar. Esa persona que califico de “siniestra” estaba muy borracha, bajaba una escalera del pub, y lo que vi es como una masa pesada de su cuerpo, lo mismo por mi distorsión visual, no estaba muy borracho pero si algo bebido, la persona “siniestra” no es gruesa (no es gorda, es menuda), no, me aventuro decir que es profesora de universidad, no estoy muy seguro, pero me parece que la vi una vez dando una conferencia sobre Biología Molecular. Casi al punto de caer la ayudé y se sentó en uno de los escalones e intercambiaba palabras con un compañero mío, y yo estaba cerca. Entonces, eso del idiotismo, no paraba de insistir sobre el idiotismo. Más aún: el futuro de los niños, en buen número, según esa persona, serán: idiotas, contribuyentes, televidentes, internautas… Debo confesar que pensé bastante sobre lo absurdo del mundo.

STREGA – Bueno, casi estamos listas, en cuanto te abroche esto…



La Luna de Miel

MUJERES CONDENADAS
(…)
Oh vírgenes, oh monstruos, oh demonios, oh mártires,
De toda realidad desdeñosos espíritus,
Ansiosas de infinito, devotas, satiresas,
Ya crispadas de gritos, ya deshechas en llanto.

Vosotras, a quien mi alma persiguió en tal infierno,
¡Hermanas mías! os amo y os ruego compasión,
Por vuestras penas sordas, vuestra insaciable sed
Y las urnas de amor que vuestro pecho encierra.

CHARLES BAUDELAIRE



El poema me puso romántica ¿Me das un abracito?

MOONY -Brujita… ¡Qué bien nos conoce este Carlitos Baudelaire!

STREGA - Mmmm…Ojalá la mayoría de los hombres nos conocieran así como para no tener que explicarles nada. Lo que nos gusta, lo que no nos gusta, que nos traten así o asá…

MOONY - Pero yo te trato bien ¿no?

STREGA -Nadie como vos, gatita mimosa ¿Querés que subamos a tu cuarto?

MOONY - Mauuuu… ¡Qué pregunta! ¿Dejo la calabaza prendida para truco o rico?

STREGA -No, apagála. Trucos tengo muchos, y rico… bueno tengo algo pensado…

MOONY - Miauuu…

STREGA - Ahora dejame que me despida… Bien mis queridos brujitos y brujitas, como siempre les dejo un millón de besos y caricias para que los distribuyan por donde quieran, pero no sin antes desearles ¡MUY FELIZ HALLOWEEN!



GUANACO -Waquero, vos que sos de allá, ¿Acá se festeja Halloween?

WAQUERO - Sí, Guanaco, Los que tenemos la costumbre lo seguimos haciendo.

GUANACO -¿Y en qué consiste?

WAQUERO -Bueno, las tradicionales papas fritas y cerveza, el disfraz es optativo y a medianoche… Los cuentos de terror.

BALDOR - Waquero, quiero presentarte a Esteban Espilberto.

WAQUERO - Pero, un gustazo Espilberto. Baldor me contó muchísimas cosas de vos y…

ESPILBERTO - Chiisstt, acabo de tener una gran idea para mi próxima película.

SORN - Con suerte, además de la primera será también la última.

ESPILBERTO - ¡Bola de pelo con zarpas! ¿Qué sabrás tú del arte?

BALDOR - Esteban es nuestro especialista en cine.

GUANACO - ¿En cine? Más vale parece experto en radiografías es más flaco que la piel de una cebolla…

ESPILBERTO - Soy un incomprendido. Al menos me queda el público.

SORN - Sí, el público bochorno.

GUANACO - Jua, Jua, Jua… Muy bueno osobuco. Me alegra haberte dado trabajo…

SORN - Grrrrrrrrrrrr…

GUANACO - No, salí, salí…

EL LABORATORIO DEL DOCTOR ELEPHANT

GUANACO - Bien, pongamos las cosas en claro, Sorn, si bien les permití que convivan en mi sección quiero aclarar que Moony es mía.

SORN - Empieza por aclarárselo a ella.

GUANACO - ¡¿QUÉ?! Mirá, no nos peleemos entre nosotros, juntos podríamos dominar el mundo… Jie, jie, jie… cof, cof…

SORN - Eso de dominar el mundo suena muy agotador. Haz sitio, que quiero acostarme.

GUANACO - (piensa) *Sí, vos confiate nomás oso peludo que en cuanto te descuides… Jia, jia, jia…*

SORN - Nunca me confío… No, tampoco leo el pensamiento.

GUANACO - ¡Glup!

Pornografía, ignorancia y violencia:

Nos atacan los Ignorantes, por Kakaroto

Violencia:

Cada dos por tres sale publicado un artículo o una carta de lector en el diario local criticando a los dibujos animados nipones por su alto contenido de violencia. Generalmente se trata de padres que se quejan por el contenido de masacre explícita que disfrutan sus hijos fuera del horario de protección al menor. También suele aparecer un crítico del espectáculo que le saca tarjeta roja a las películas de anime que proyectan en los cines, que son dirigidas a los menores.



El problema radica en que la gente "adulta" y "madura" no parece comprender que los Dibujos Animados (llámese Animé, Cartón, etc) no siempre están relacionado con un público infantil. Según el Código Civil Argentino y la Ley de Patria Potestad "Los padres tienen plena responsabilidad hacia sus hijos menores de 21 años que aún no se hayan emancipado". Ahora también hay un organismo que se llama COMFER que prohibe el lenguaje adulto, las escenas de violencia y erotismo antes de las 22 horas. Pero como los padres son los responsables de la educación de sus hijos, son ellos los que deben prohibir a sus hijos ver determinados programas.

Imaginemos a un caso explicativo. Un niño de 12 años, entrando en la etapa de la adolescencia, debe debatirse, está merendando a las 5 de la tarde. En el canal infantil están dando un capítulo de Dragón Ball Z en el cual el personaje principal está reventando a golpes a su oponente. A la vez, en el canal de películas, están pasando Corazón Valiente, un film ganador de un Oscar que relata un hecho histórico de la antigua Escocia. El niño decide ver Dragón Ball Z, por ser más divertido que Corazón Valiente. Llega el ignorante de su padre y le exige que cambie de canal porque es un dibujo muy violento, poco educativo y sin argumento. El niño en contra de su voluntad se pone a ver Corazón Valiente.
¿El padre decidió bien? ¿Acaso esa película no es casi tan violenta como Dragón Ball? ¿Qué lo motivó entonces a cambiar de canal? ¿Acaso en la película no hay escenas de desnudos? Entonces… ¿qué es más perjudicial para el niño? ¿Una película basada en un hecho verídico, entre personajes reales, de carne y hueso? ¿O una historia de ficción, en el que participan personas con superpoderes que no son de este planeta y están lejos de ser realidades humanas? ¿Cuántos casos de asesinatos o lesiones hay en el mundo, en los que

el animé haya sido el causal del homicidio? Seguramente se puede contar con los dedos. ¿Eran esas personas enfermas mentales? ¿O estaban en un 100% de sus aptitudes psíquicas? Entonces, así como fue un animé el causal del homicidio, podía haber sido cualquier otro factor.

Pornografía:

Este es otro de los aspectos más criticados. Ranma ½ tuvo graves denuncias en todas partes del mundo por incitar al travestismo y Argentina, como no podía ser de otra manera, se sumó a las criticas. Está bien… dentro de todo está algo justificado… Yo personalmente no tengo nada contra a los homosexuales - travestis - transformistas o como quieran ser llamados. Pero los críticos se olvidaron de un pequeño detalle. ¡¡¡De ver al menos un capítulo de Ranma ½ antes de realizar las críticas!!! Ranma no es gay, ni travesti, ni transformista, ni nada parecido. También en este punto cabe aclarar que “la presencia de los niños frente a televisor es responsabilidad absoluta y exclusiva de los padres”.



Ranma ½ Versión femenina

Es terrible como la crítica hunde a un animé diciendo barbaridades sin ni siquiera haber visto un solo capítulo. Las escenas que se exhiben no son adecuadas para menores, pero para eso existe un organismo de censura que se encarga de esto. Pero en lugar de poner la serie con contenido hentai en un horario fuera de la protección al menor deciden recortar las escenas prohibidas, suprimir los capítulos o directamente prohibir la serie. Muerto el perro… se terminó la rabia.

Volviendo a la realidad y ante las críticas a las reiteradas escenas de desnudos, se puede afirmar… está bien… pero nadie critica a Graciela Alfano, Silvia Süller, Alejandra Pradón cuando salen a las tres de la tarde en los programas de chimentos con un taparrabos. ¿O acaso no es considerada pornografía porque no se le ve el pezón? ¿No habría que levantar el programa como se hizo con Ranma ½ en

la mayoría de los países? ¿Esos programas los ven los menores junto con sus padres cuando están almorzando?… Claro, pero como no son dibujos animados venden mucho más y es para un público adulto…

Ignorancia:

Alguna vez les dijeron: ¿Nene, no estás algo grande para ver dibujitos? O ¡Mirá ese pavote viendo los dibujitos para nenes de tres años! No creo ser el único que recibe esto de forma constante por parte de familiares, novias/os, amigos/as. ¿Alguien se preguntó por qué se reciben esas críticas constantemente? Bueno, yo sí… y la respuesta es porque son todos una manga de IGNORANTES. Para mí el primer y más importante prejuicio que acarrea el Anime es el siguiente:

ANIME = Dibujos para niños.

¡¡¡Y esto no es así!!! ¿Un nene de 5 años entendería el argumento de Macross íntegramente? No. ¿Un nene de 5 años entendería la historia de Pokemon? Sí, perfectamente. Pero esa diferencia la puede definir una persona que vio por lo menos dos capítulos consecutivos de cada una de las series y sabe clasificarlas según su argumento.
Así como existen series y películas actuadas por personas de carne y hueso, dirigidas a distintos tipos de públicos, también existen dibujos animados que se dirigen a otro público que no es el infantil. Lamentablemente los ignorantes no logran hacer esa diferenciación y reúnen a todos los animes (y cartoons, por que no) en la misma bolsa. Otra cosa que se hace frecuentemente es confundir los animés con los cartoons, pero no me voy a adentrar en este tema porque lo pueden ver en la sección de manga-anime.

Una solución:

Bueno, para terminar y como me enseñaron en la escuela, nunca es bueno redactar un problema sin presentar una posible solución. Yo propongo tres soluciones distintas a la pregunta ¿nene, no estás algo grande para ver los dibujitos?

1.- Aceptar a los ignorantes: Es la que adopta la mayoría de la gente para evitar una humillación pública. Tenés razón, ahora apago la tele, sería la respuesta…

2.- Ignorar al ignorante: Hacer caso omiso a las huevadas que dice

IGNORANTE-MAN. Callate, no sabés nada vos de esto, y seguís mirando Pokemon a los 23 años, sería la respuesta.

3.- Un Ignorante menos: Explicar a la bestia que lanzó una pregunta sin sentido todo lo expuesto anteriormente.

LA CUARTA PARED

En el Teatro de las Artes

SE ESTRENÓ UNA INTERESANTE PROPUESTA QUE AMALGAMA TEATRO, DANZA, JAZZ Y CLOWN: *CIRCO ERÓTICO. ERÓTICA DE FIN DE CIRCO*

Claudia Quintana

Con el estreno de *Circo erótico. Erótica de fin de circo*, la agrupación teatral Circo Raus, dirigida por Israel Cortés, obtuvo un amplio reconocimiento del público que durante hora y media admiró por primera vez en un foro como el Teatro de las Artes del Centro Nacional de las Artes (Cenart), la presentación de un espectáculo de cámara.

Desarrollado en una pista de circo, donde el manejo de la dramaturgia y el entrenamiento de los actores, bailarines y músicos en diversas técnicas circenses son los elementos necesarios para llevar a cabo una sorprendente amalgama de teatro, danza, jazz y clown, *Circo erótico. Erótica de fin de circo* se apoya en una propuesta teatral sencilla en cuanto a su forma, pero con una interesante expresión estética.

Organizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la historia se desarrolla a lo largo de siete sueños donde Sascha Frediani (Doménico Espinosa), busca encontrar a su amada Circa (Jerildy Bosch), a quien reconocerá por una piedra preciosa que ella luce sin imaginar el valor que ésta tendrá en su propia vida.

El circo, visto por los personajes, es una fuente de sorpresas donde los sentidos y la imaginación se funden en los sueños de personajes como la hechicera (Diane Edén), el mago Turpin (Ramón Solano), Absurdina (Silvia Carusillo), Renata Wimer (Risciare) y el viejo Frediani (Rodolfo Jacuinde).

Y como los sueños —dice el director escénico— “nacen en la imaginación y son realizables”, la metáfora de este espectáculo se revela también como un poema erótico, basado en el riesgo de sus intérpretes para volar en un trapecio, caminar sobre un alambre y

desarrollar una bella expresión corporal que la convierte también en arte.

Cabe destacar que la música de Agustín Bernal, uno de los más importantes jazzistas de la actualidad —a quien el público rubricó con numerosos aplausos—, y las coreografías de Jerildy Bosch, destacada bailarina, lograron cautivar a los asistentes con la sensualidad de las notas musicales y los movimientos corporales de los actores, plenos en armonía y perfección.

Asimismo, el erotismo en esta obra es visto como parte de los sueños; como una expresión que la compañía Circo Raus convierte en un arte que conmueve, fascina, y que va más allá de los cuerpos y sus deseos por complementarse. Como señala Israel Cortés en el programa de mano: “El acto erótico niega al mundo; nada real nos rodea, excepto nuestros sueños”.

Pero en el circo también hay lugar para la tragedia: al final, Circa muere, dejando a su amado con la sensación de vivir nuevamente en un sueño del que pronto despertará para reencontrarse con ella.



El colorido vestuario diseñado por Jerildy Bosch, de acuerdo a la usanza de los personajes del circo, así como los maquillajes y apliques que lucen los actores, imprimen un gran realismo al espacio que acertadamente adaptó como pista para trapecio y alambres el escenógrafo Jorge Ballina. Asimismo, la música de Agustín Bernal (contrabajo), Tony Cárdenas (batería) y Emiliano Marentes (guitarra), junto con la voz de Duermevela (narradora, Iraida Noriega), recrean sutilmente la atmósfera circense.

Circo Erótico. Erótica de fin de circo, dirigida por Israel Cortés con la Compañía Circo Raus, se presenta los jueves y viernes a las 20:30

horas, sábados a las 19:00 y domingos a las 18:00, en el Teatro de las Artes del Cenart, ubicado en Río Churubusco y Calzada de Tlalpan s/n, col. Country Club.

LA BROCHA



Lucian Freud... y el cuerpo se hizo pintura

Freud se muestra agudamente consciente de los peligros de la auto-indulgencia pero también la entiende como una manera de cristalizar el gusto y de manifestar a los demás sus emociones más íntimas. En 1972 empieza a pintar a su madre ya que ella había perdido todo interés por él. Su depresión la redujo a una pasividad completa y posaba casi sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Según su madre, la primera palabra que pronunció Freud fue *alleine*, que significa “déjame solo”. ¡Ahora le había tocado a ella! *Gran interior W.9* produce una sensación de división entre dos figuras: la madre y la novia. Nunca posaban juntas, aunque una vez la madre la había oído rompiendo objetos en la habitación de al lado. Las obras con dos modelos son siempre difíciles. Bacon, por ejemplo, prefiere situar la figura aislada en los trípticos, cada una en un compartimento aparte, mientras que Freud propone una solución en que las mujeres no se relacionan la una con la otra, sino exclusivamente con el artista. Esta obra se guía por una sensación de soledad y deja de existir cualquier distinción entre vida y arte. A Freud le gustaba dejar todo más o menos terminado después de cada sesión, por si no sobreviviera a la noche.

La relación entre pintor y modelo suele ser práctica, profesional, y forzosamente explotadora. Da lugar a una intimidad conspiratoria, una familiaridad transferible a la obra en la medida en que ésta se convierte en el tercer y principal interesado de la relación: literalmente, el objeto de amor. *El retrato desnudo II* de1980 lo demuestra perfectamente: una mujer a punto de parir, llena y madura, con un toque de suntuosidad melancólica. Incluso trabajó con sus propias hijas. Hay que tener en cuenta que alguien desnudo exige cierta consideración y, en el caso de sus hijas, tanto del padre como del pintor. ¡Pero son ellas las que dan su consentimiento!

Prima la sensación de reciprocidad entre el artista y su tema, y la obra se deja invadir por una gama amplia de sexualidad, heterosexual y homosexual, imaginaria y táctil, dirigiendo el pensamiento hacia zonas más arriesgadas. Freud afirma que los cuadros que realmente le excitan tienen un elemento erótico, no importa cual sea el tema. Se percibe un gusto por la encubierta animalidad de la mujer. Son los modelos mismos quienes desean sentarse o tumbarse, empapados de cierta sensualidad que posee la indolencia.

Freud ha logrado lo que quería. ¡Que la pintura nos sorprenda, nos moleste, nos seduzca, nos convenza! R. B. Kitaj afirmó que cada generación tiene su propio rostro y el problema del artista es encontrarlo. La obra de Freud (Berlín, 1922) nos propone elementos de este rostro desde su primera obra maestra en 1948, *Chica con rosas*. Se trata de un retrato de Kitty Garman, la hija del escultor Jacob Epstein, sentada, los hombros cuadrados con cierto aire de confianza y vestida con una blusa de rayas oscura y una falda de terciopelo. O en la imagen de Harry Diamond en *Interior en Paddington* (1951), un hombre agresivo, devorado por el resentimiento, corto de estatura, que nos mira desafiante, enfadado con el mundo y con todos los que pretenden gozar de sus banalidades.





Y el novio. 1993



Muchacha con un perro blanco. 1950/51



Muchacha desnuda. 1966

GRAN CONCURSO GRAN

UN DEMONIO FRUSTRADO

Por Angel Eduardo Milana

Edgardo C. tenía, como todas las personas, una parte del cerebro racional y otra emocional. Durante su niñez prevaleció la parte emocional.

Desde temprana edad pudo observarse en Edgardo su carácter perverso. Fue destetado prontamente pues, una vez satisfecho, mordía con fuerza el pezón materno. Volcar el plato con comida es normal en todos los bebés, pero él lo hacía en donde más daño produjera. El romper objetos útiles a los demás era un constante dolor de cabeza para sus padres pero, curiosamente, no era destrozón con sus propios juguetes ni con lo que a él le servía.

Durante la niñez, además de las diabluras normales que hacen todos los niños, como arrancar flores del jardín o frutos verdes de la huerta de los vecinos y dejarlos tirados por las proximidades, martirizar a perros y gatos del vecindario o romper faroles con la honda, desarrolló una especial habilidad para hacerse acompañar por otros niños y que la culpa, si no podía ser atribuida a los demás, por lo menos quedara compartida, y el castigo no fuera tan severo.

Estos actos malvados no estaban, como ocurre habitualmente en los pequeños, compensados por otros actos de bondad o cariño; el carácter de Edgardo estaba notablemente inclinado hacia el mal.

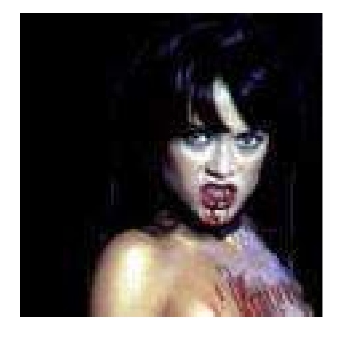
La esperanza de sus padres de que este demonio se regenerara se asentaba en dos hechos: uno era que en la escuela su rendimiento era el normal y, aunque no estaba entre los primeros del grado, tampoco quedaba rezagado. Sus malas notas se debían exclusivamente a la mala conducta.

El otro era que sus instintos agresivos se dirigían solamente a los animales o cosas y nunca se peleaba con sus compañeros.

Para la época del catecismo, preparatorio para la Primera Comunión, Edgardo pudo distinguir, nítidamente, entre el bien y el mal, y decidió que no le interesaba convertirse en un dócil angelito. Su vocación era ser demonio.

Cuando tenía once años cometió un acto de agresión grave:

Consiguió atraer la atención de una niña y noviaron con toda la candidez que se puede tener a esa edad. Todo fue bien hasta que un día pudieron disponer de un tiempo y un lugar para estar solos y aislados. Los besos y las caricias despertaron en Edgardo el deseo irresistible de martirizar a un semejante, no el de causarle placer e, inesperadamente, mordió a su compañera en los labios, el cuello, los hombros. Comenzó a desgarrarle el vestido y habría seguido mordiendo todo el cuerpo si los desesperados gritos de la niña no hubieran advertido a varias personas que lo sujetaron y consolaron a la aterrada víctima.



Afortunadamente, sus padres llegaron antes que los de la niña y se lo llevaron prontamente. No hubo denuncia policial, solamente un arreglo privado de la situación:

Por esa época eran muy raros los tratamientos médicos para la salud mental. El tratamiento psicológico que se prodigaba a los niños era el uso discrecional del cinturón del padre.

Los hermanos de la víctima también colaboraron con el escarmiento: lo capturaron en plena calle y lo mordieron por todo el cuerpo. Cuando algunas personas mayores consiguieron rescatarlo, los dientes de los tres hermanos, de edades entre cinco y catorce años, le habían dejado varias heridas sangrantes.

El recuerdo de sus nalgas laceradas por el cinturón y del resto de su cuerpo por los dientes fue suficiente para que su mente racional mantuviera reprimida a la parte emocional por muchos años.

En la pubertad descubrió que podía ocultarse en la masa para producir daño: se unió a un grupo de desaforados “barras bravas” que producían desmanes y atacaban a personas durante los partidos de fútbol y al salir de los estadios. Esto le causó placer hasta que en cierta ocasión participó de una confrontación con otra barra brava. Los magullones y algún corte recibidos en la refriega hicieron que su mente racional lo apartara del camino de la violencia. Allí descubrió que, si bien le gustaba causar dolor, no le agradaba sufrirlo él mismo. En definitiva, era un demonio cobarde.

Abandonó esas actividades y se convirtió en lo que, desde el punto de vista general, se designa una persona normal, es decir, sus actos no eran tan malos como para merecer sanción física o moral por parte del resto de la sociedad.

Eso en lo que respecta a su proceder visible, pero en su mente se representaban actos de violencia y martirio. Soñaba con unirse a las pandillas de motociclistas que atacaban a tranquilos y desprevenidos ciudadanos. Por esa época se compró un puñal de hoja retráctil y una manopla de anillo, erizada de púas, que llevaba

siempre consigo y colocaba todas las noches bajo su almohada, pero que nunca se atrevió a usar contra nadie, por temor a las represalias.

Hasta que llegó a la edad del Servicio Militar, que todavía era obligatorio. El tipo de instrucción más habitual que se realizaba consistía en degradar a las personas a su condición de animal, para que cumplieran las órdenes sin pensar. Las sesiones de "orden cerrado" aflojaron el control que su razón mantenía sobre sus instintos y gozó haciendo todo el daño posible a sus compañeros, tratando, por supuesto, de pasar inadvertido en el montón.

"La instrucción militar es una forma socialmente aceptada de producir dolor y martirizar a los semejantes" pensó, "y si yo tengo que pasar por esto, bien podría convertirme en oficial instructor. Total, es muy difícil que la Argentina entre alguna vez en guerra".

Averiguó cómo tenía que hacer para seguir la carrera militar. No lo convenció tener que pasarse cinco años en el Colegio Militar, pero sí la opción de engancharse como voluntario y seguir la carrera de suboficial.

Durante muchos años fue el terror de los pobres soldados. Sus superiores, aunque no aprobaban del todo sus métodos violentos, no lo reprimían, pues era muy eficiente en su tarea… hasta que cometió la imprudencia de quebrarle una costilla de una patada al hijo de una persona influyente, que se quejó enérgicamente. Para evitarse mayores problemas, sus jefes lo asignaron a un depósito de materiales, donde no tuviera más contacto con la tropa.

Fue en esa actividad, una vez que ordenaba y limpiaba un depósito, que encontró los restos de una armadura medieval, que alguna vez se usó como adorno. Le faltaban muchas partes y otras estaban abolladas, pero el guantelete izquierdo estaba en buenas condiciones y le calzaba perfectamente. Se lo apropió.

Para el año 1976, un ex jefe de Edgardo quedó a cargo de un centro de detenciones, se acordó de él y pidió que se lo transfirieran. Para Edgardo fue la apoteosis: podía causar dolor y daño sin ningún riesgo y amparado por sus superiores. A veces se le iba la mano y el torturado moría, pero no importaba, había muchos sujetos para continuar gozando.

En su vida privada era una persona normal. Se casó, pero no quiso tener hijos; tal vez decidió que esa era una buena y aceptable forma de torturar a su mujer, que sí deseaba ser madre. Se escudaba diciendo que en este mundo éramos demasiados para traer una boca más que alimentar, o que no quería ser responsable de traer al mundo a un inocente para que sufriera dolor y miseria, y otras

pavadas por el estilo. El acto sexual no era para él una demostración de amor sino simplemente un hecho fisiológico.

Cuando su esposa comenzó a apremiarlo para tener un hijo, se preocupó. No quería dejarla embarazada inadvertidamente y decidió que tenía que encontrar una solución definitiva. Consultó a un par de médicos y le dijeron que una vasectomía era lo más seguro, que la operación era sencilla y prácticamente indolora. Eso lo decidió y lo hizo.

Esa operación le produjo, al poco tiempo, algunos cambios en la personalidad: ya no le causaba tanto placer el torturar a los prisioneros. Lo hacía desde un punto de vista racional y con la eficiencia de siempre, porque debía hacerlo para obtener información.

La satisfacción la obtenía mientras dormía, aunque era un tanto frustrada: soñaba que torturaba a mujeres, pero cuando se disponía a usar el puñal o la manopla contra la cara de las víctimas, el grito de éstas lo despertaba. Si intentaba taparles la boca con la mano libre, se las arreglaban para morderlo y lo despertaba el dolor. Las primeras veces que ocurrió este sueño se incorporaba y miraba a su esposa, pero ésta dormía plácidamente.

Cierta vez soñó que antes de comenzar la tortura se calzaba el guantelete de armadura. Ahora sí, su víctima no podría gritar ni morderlo y el podría destrozar esa hermosa cara sin despertarse. Mientras la mujer que estaba debajo suyo se debatía, asfixiándose, estiró la mano debajo de su almohada y encontró la manopla, se la calzó y, cuando levantaba la mano para dar el golpe:

¡ZAC! El seco sonido de la hoja del puñal al armarse, un leve destello metálico y un dolor profundo en el pecho. Una, dos, tres veces. El guantelete aflojó su presión y oyó una fuerte inspiración seguida de un alarido de terror. Mientras las fuerzas lo abandonaban y caía de costado, alcanzó a ver que su esposa se apartaba de la cama, con el camisón ensangrentado, sosteniendo su propio puñal.

Una mueca de horror se le formó en el rostro, pero no era por reconocer que la agresión había sido real, sino porque, en el preciso momento de expirar supo, con toda certeza, que los daños y maldades que había cometido en su vida no le alcanzaban para convertirse en demonio. Solamente para ser huésped del Infierno, por toda la eternidad.

EURANDER, By Baldor

Drimguorcs

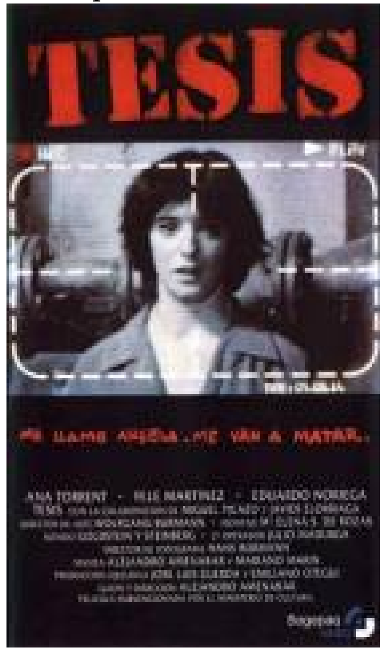
Para esta primera entrega de Drimguorcs me gustaría empezar un pequeño repaso a lo más relevante de la producción fantástica española de los últimos años. Se trata de un género en plena expansión gracias a la aportación de nuevos directores como Alejandro Amenábar, Álex de la Iglesia, Jaume Balagueró… y proyectos como el de Fantastic Factory. Pero vayamos por partes:

El resurgir

Tradicionalmente el género fantástico (englobando en él a la ciencia-ficción, la fantasía y el terror) no ha tenido una presencia destacable en el panorama cinematográfico español. Por un lado, se enfrenta al consabido menosprecio por parte de la "crítica seria", que suele decantarse por otros géneros consideramos de mayor prestigio. Por otro, requiere de unos recursos financieros importantes (salvo contadas excepciones) para lograr una producción digna, con los riesgos que esto conlleva. Así las cosas, los únicos títulos plenamente encuadrables bajo esta denominación y rodados en España eran producciones americanas, que buscaban escenarios naturales, técnicos cualificados pero no demasiado caros y estabilidad (ahora esas mismas producciones se ruedan en la República Checa). Así, tenemos, por ejemplo, "Conan el Bárbaro" (John Milius, 1982) o "Enemigo Mío" (Wolfgang Petersen, 1985).

Sin embargo, en 1995 una película vino a suponer un soplo de aire fresco (bueno, más bien infernal) en este desolador panorama. Se trata de "El Día de la Bestia" de Álex de la Iglesia. La película narra las desventuras de un infeliz cura que descubre a través de intrincados cálculos que el anticristo nacerá en Madrid el día de Navidad. Sigue su viaje hacia el mal, en compañía de un simplón

aficionado al heavy (Santiago Segura) y del director de un programa de televisión sobre lo paranormal… todo ello en clave de humor (negro) y haciendo gala de unos efectos especiales digitales muy meritorios. Sorprendentemente, la película fue todo un éxito de crítica y público (la sorpresa viene por los seis premios Goya que obtuvo, de los catorce a los que estaba nominada, incluyendo el de mejor director). En total, logró llevar a los cines a más de 1.400.000 espectadores que se dejaron unos 4.350.000 euros (bueno, en realidad unos 720.000.000 de pesetas). Tres años antes Álex de la Iglesia ya lo había intentado con “Acción Mutante”, una desquiciada película de ciencia-ficción que se quedó a las puertas del millón de euros (aunque entonces no lo sabía, pues estaba convencida de que se había quedado en los 160 millones de pesetas).



Todo hubiera podido quedar en un simple islote en medio del océano, pero al año siguiente la historia volvió a repetirse en cierta forma. De forma casi inadvertida se coló entre las candidatas a los premios más importantes el primer largometraje rodado por un chaval de 23 años. El chaval era Alejandro Amenábar y la película era “Tesis”. Obtuvo siete Goyas, incluyendo mejor película, mejor director y actor revelación y mejor edición. La historia gira en torno a una estudiante de ciencias de la información que, en le transcurso de la investigación de su tesis acerca de la violencia, se ve inmersa en el submundo de las snuff movies. Más un thriller que una película de terror, apunta, sin embargo, algunas de las virtudes que luego llevaría a su plena realización en sus películas posteriores. El

fenómeno también pilló un poco por sorpresa el público, fue vista por unos 855.000 espectadores que se dejaron 2.646.000 euros (a partir de aquí ya no seguiré transformando en pesetas), muchísimo más, en todo caso, de lo que costó, y sentó las bases de lo que se avecinaba… pero eso tendrá que esperar a otro Ander.

LAS CATACUMBAS DE NARRAMUNDO

Amenaza, by Sergio Mars

—¡El senado no lo permitirá! —proclamó a voz en grito el recientemente designado senador de la nueva república.

—¿Y cómo esperas que evite que perdamos nuestras colonias más alejadas? —le contestó su interlocutor, un colega de mayor edad que se había erigido en su mentor.

—Podemos convocar el mayor ejército que hayan visto los siglos para acudir en ayuda de nuestras tropas. Podemos equiparlo con armamento jamás visto por esas… ¡esas razas atrasadas!

—Podemos, sí, pero para cuando lleguen al escenario del conflicto sólo podrán vengar las muertes de nuestros compatriotas. Incluso la mayor potencia militar que jamás ha existido debe plegarse ante las limitaciones temporales que impone el gobernar sobre tan dispersos territorios.

El más joven detuvo su andar y dejó que toda la preocupación que sentía se reflejara en su rostro.

—¿Cómo es posible que unos salvajes poseedores de una tecnología tan primitiva puedan sobreponerse a nuestros gloriosos ejércitos? —preguntó.

Desgraciadamente para él la preocupación no fue lo único que puso de manifiesto su expresión. Para la experta vista de su acompañante el leve atisbo de vergüenza resultó de lo más esclarecedor.

—Hay ocasiones en que poseer las mejores armas y las mejores comunicaciones no lo es todo —contestó—. La lucha se realiza en su terreno. Ellos conocen todas las peculiaridades que a nosotros, como visitantes recién llegados, se nos escapan. Además, cuentan con el apoyo de la población indígena no beligerante. Cuando nos presentamos ante ellos nos reciben con loas y generosas dadivas pero apenas les hemos vuelto la espalda y ya están conspirando en nuestra contra. Y para complicar aún más las cosas, ¡son tan diferentes a nosotros! No sé si alguna vez lograremos entendernos.

—Nos sobrepondremos —comentó el joven, más para sí que para el otro—. La victoria final será nuestra, como siempre ha sido.

Su compañero logró esconder el orgullo que le producían esas palabras poniéndose de nuevo en marcha. Aquel era precisamente el sentimiento que debía prosperar para sacar a la República del sopor en que había caído durante el transcurso de los últimos años, tras la gloriosa época de la expansión. Deseoso por averiguar hasta que punto había renacido la antigua llama decidió revelar uno de los secretos militares de que era depositario. Después de todo el otro se enteraría poco después en el pleno del senado.

—Escúchame atentamente —comenzó—. La República se enfrenta a un peligro mayor del que pudimos prever en un principio.

—¿Cómo puede ser tal cosa? —fue el preocupado comentario con que fue recibida tal confidencia.

—¿Recuerdas la ruta que todos creíamos imposible? —se detuvo unos instantes y, ante la muda confirmación del joven, se apresuró a proseguir—. Pues bien, la han tomado.

—¡Por Júpiter!

El viejo senador asintió con total seriedad y aguardó la siguiente reacción de su acompañante.

—No…, no puede ser cierto —dijo el joven aunque pronto varió de opinión—. ¿Cómo no va a serlo? Perdonadme mis dudas honorable senador. —Mantuvo el silencio durante unos pocos pasos más mientras digería la terrible noticia y así llegaron a los pies de las escalinatas del senado.

El joven dirigió entonces la mirada hacia la plaza donde se concentraban los mayores logros de su civilización: los edificios de altura inverosímil, los monumentos a la gloría de todo un pueblo. Su semblante se endureció y, dirigiendo una férrea mirada hacia el horizonte, proclamó con todo el orgullo de un pueblo guerrero.

—¡Los destruiremos! ¡Que todo el universo aprenda la lección! ¡Quién se nos oponga será aniquilado!

Su compañero, emocionado, lo tomó por los hombros y expresó su más sincera aprobación. La República se sobrepondría. Una nueva generación estaba dispuesta a tomar el relevo y a conducirlos hacia cotas aún mayores.

Sin añadir una sola palabra más los dos romanos entraron en el edificio del Senado donde se decidirían las medidas a tomar en contra del caudillo cartaginés Aníbal, que había osado enfrentarse al poder de Roma, y donde se plantaría la semilla para la futura

supremacía de su imperio sobre todo el mundo conocido.

WAQUERO - Amigos, así llegamos al final de este nuevo Americander y del Eurander. Y estamos orgullosos de los resultados.

STREGA - Pero eso no significa que vamos a quedarnos aquí.

WAQUERO - Así es mi amor; cada número haremos lo mejor para ustedes, nuestros queridos lectores.

MOONY -Y estamos dispuestas a hacer lo-que-quie-ran…

STREGA - ¡¡¡¡Moooony!!!!

GUANACO -Y todo por la módica suma de…

WAQUERO -GUANACOOOOOOOO…

BALDOR - En la próxima entrega del Eurander más secciones.

SORN - Pero igual de cutres.

BALDOR - SOOORN…

GUANACO -Mmm… Che, Waq, te digo que ese oso no me gusta, ¿vos no notaste cómo huele?

WAQUERO - Vos no olés a rosas precisamente…

SORN -Uy, acabo de encontrar un cojín. Ahora sí que estaré cómodo hasta el mes que viene.

GUANACO - Noooooooo… Waquero, socorro, sacáme a este animal de encimaaaaaaaa…

As I was a boy, I used to spend my summers in a small coastal town…
Playing kid's games…
Today I've returned to relive the past and to my surprise, I ran into two of my friends… but that's another story.

Axxón 121 - Diciembre de 2002

El Gaucho de los Anillos (2)

Otis

LA COMUNIDÁ DEL ANILLO
Capítulo 2

Salió Frodo del aujero
caminando como pudo
pa’ ventilarlo al peludo
que tenía del festejo,
y vio venir al barbudo
que golvía dende lejos.

“Tuve que pegar la güelta,
algo dentré a maliciar.
Mejor andalo a buscar
al anillo de oro ése;
recordarlo me parece
y lo vamo’ a examinar.”

La verdá que parecía
inocente el anillito;
era casi un juguetito,
pero el sobrino Bolsón
calentandoló al fogón
vio que tenía algo escrito.

Ahí nomás el de la barba
se quedó de miedo duro
y dijo: “Dice siguro:
un anillo pa’ buscarlos,
un anillo pa’ encontrarlos

y arrearlos pa’ lo oscuro”.

Se tomó un par de amargos
como pa’ calmarse el chucho,
se puso a pitar un pucho
refrescando la memoria
y a Frodo contó la historia
de lo que pasó hace mucho.

“Tres anillos prodigiosos
eran de elfos soberanos;
siete más de los enanos
que vivían en las minas;
otros nueve, pa’ su ruina,
usaban gauchos humanos.”

“Y uno más, que de los otros
era el único patrón:
el anillo de Saurón,
el señor de las sortijas,
que no aflojaba manija
su angurria e’ dominación.”

“Y allí se armó un entrevero
que jue bravo de verdá:
el gran elfo Gil Galá
y Elendil, rey de los hombres,
lo toparon al Sin Nombre
pa’ frenar la oscuridá.”

“Los caudillos espicharon
frente al enemigo vil,
pero el hijo de Elendil
encarandoló al villano

pudo cortarle la mano
con la cachuza Narsil.”

“¡Allí se hubiera acabao
y viviéramos en paz!
La codicia pudo más
y en aquel lejano sur,
algo hizo este Isildur
que no debió hacer jamás.”

“En vez de fundirla ahí mesmo
la sortija se guardó;
mucho tiempo la llevó,
hasta que orcos matreros
lo enyenaron de aujeros
y el anillo se perdió.”

“Endijpué de eso Saurón
quedó muy debilitao:
sólo un ojo colorao
sin pestaña ni rabillo,
pero lo busca al anillo
pese al tiempo que ha pasao.”

“Y ahura lo tenés vos”,
terminó la historia el mago.
Frodo se mandó un trago
con la pelambre de punta
y la largó a la pregunta:
“Con este anillo, ¿qué hago?”.

“Eso depende de vos:
ya que sos el propietario
ahura se hace necesario

que pensés bien lo que hacés;
lo único que no podés
es dir y hacerte el otario.”

“Pero en el pago e’ los hobbits
ya no te podés quedar;
mejor mandate a mudar
y andá lejos dendeveras,
porque si el malo se entera
te va a venir a buscar.”

“¡Y vos, che, salí de ahí!
¡Los de ajuera son de palo!”
Poniendo la cara e’ malo
jue a retarlo al tarambana
que se llegó a la ventana
como peludo e’ regalo.

Ajuera Sam, el peón,
temblaba por el apuro:
“¡Yo no espiaba, se lo juro!
¡No me convierta en culebra!
A mí el seso no me suebra
pa’ entender lo del Oscuro.”

“¡Mirá si serás paspao!”
dijo el alias Mitrandir.
“Te vas a tener que dir
con el Frodo del poblao,
que ya sabés demasiao
y te van a perseguir.”

Sam lo largó al juramento
con sentimiento profundo

sin dudarlo ni un segundo:
“yo le asiguro, mi amigo,
que a mi patrón yo lo sigo
ni que sea al fin del mundo”.

“Aguaiten a que yo güelva”,
dijo Gandalf yendosé.
“Si hay peligro, yo no sé;
más vale no hacer escombro”.
Y con un peso en los hombros,
como había llegao, se jue.

Continuará…

Otis
Diciembre de 2002

***Otis* es el seudónimo de un activo participante de la lista Axxón y del taller literario. Seguramente tendremos más noticias de él…**



Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**